

LAS ADELFAS DEL RECUERDO

Catalina Puiggros



RARA AVIS

Las adelfas del recuerdo

Catalina Puiggros



Primera edición en ebook: mayo 2019
Título Original: Las adelfas del recuerdo
©Catalina Puiggros, 2019
©Editorial Romantic Ediciones, 2019
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Isla Books
ISBN: 978-84-17474-39-3
Depósito Legal: PM 262-2019

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mi madre, verdadera autora de este libro.

Vivir en el corazón de los que dejamos, no es morir...

NOTA DE LA EDITORA

Las adelfas del recuerdo no es una novela al uso. Esta historia, como nos dirá la propia autora, Catalina Puiggros, tiene más de real que de ficticia, aunque pueda parecer lo contrario.

Niña prodigio, Catalina Puiggros tiene una vida que bien podría plasmarse en una novela. Pero esta no es la historia de esta extraordinaria mujer, sino la de su madre. Narrada en una prosa ligera y poética, nos cuenta la vida de Maria, entremezclada con otra fascinante historia que vivió de cerca y de cuyos protagonistas prefiere reservarse el nombre, pues eran bien conocidos entre la élite mallorquina del momento.

La novela de esta admirable mujer, que a primera edición de la novela cuenta con ochenta y cuatro años de edad, tiene un alto valor para aquellos que queramos zambullirnos en las costumbres y antiguas tradiciones de la isla de Mallorca. En cada una de sus páginas nos encontramos con la narración de la vida cotidiana de la isla de antaño, costumbres como *ses matances* y *es festeig*, o el trato entre las distintas clases sociales. Esta novela también nos habla de Eivissa pero, sobre todo, es una historia de amor prohibido que da a la narración un tinte triste que te arrastra durante toda la lectura.

Lo que se plasma en esta historia son los recuerdos de una mujer que ha tenido una vida intensa, que ha vivido a caballo entre Mallorca y Eivissa en una época donde las cosas no eran fáciles, que ha sido testigo de conversaciones y situaciones que ahora nos susurra a través de sus “Adelfas”. Los que hemos tenido el placer de conocerla podemos constatar la intensidad de una vida llena de altibajos que la han convertido en la mujer fuerte, directa y decidida que es hoy en día. Sin duda, Catalina Puiggros fue una niña prodigio que se convirtió en un prodigio de mujer por descubrir. Hoy desnuda su alma en esta novela que tenéis en vuestras manos y os da la opción de acompañarla en este maravilloso recorrido por la Mallorca y la Eivissa de principios del siglo XX.

Bartomeva Oliver
Francisca Maria Esteva

NOTA DE LA AUTORA

Dejando atrás una brillante carrera, en 1960 llegué a Ibiza, psicológica y físicamente enferma, y en este último reducto del paraíso sobre la tierra recobré la salud perdida.

Pero el amor, que es el único que cura las heridas que él mismo causa, se encargó de mostrarme la impotencia del ser humano frente al destino, a cuya fatalidad no escapa, arrastrándome de nuevo, con su espejismo, a la mayor de las desgracias.

Y ahora ya, en el invierno de mi vida, cuando quedan más recuerdos que futuras perspectivas, mi único objetivo es dejar constancia de gratitud infinita por aquellos que forjaron mi ser y a los que debo la existencia, reivindicando su memoria en este libro cuya trama, envuelta en cendales de fantasía, está basada en los hechos reales que, reflejando el mundo idílico de mi infancia, forjaron la historia de mi familia.

Escribirlo ha sido como un grito de dolor y rebeldía ante el cambio radical que mi circunstancia vital ha sufrido.

Nunca sabré si vivir a caballo entre ambientes tan dispares ha sido un privilegio o la mayor de las calamidades, pero cuando me abrumba la nostalgia del entorno perdido, solo tengo que cerrar los ojos y evocarlos en esta crónica para que surja, maravilloso, sobre el paisaje de la memoria.

La imagen entonces de mis seres queridos y el eco de sus palabras me confirman que mi sino, ni ensañándose conmigo, ha de quitarme jamás el resplandor de los recuerdos ni la gloria de haber vivido.

CAPÍTULO 1

El viento jugaba al escondite por las esquinas de las empinadas callejuelas de *Dalt Vila*, la noche tormentosa del cuatro de Febrero de 1901. Los rayos, relampagueando entre densos nubarrones, iluminaban el cielo, y en el interior de una casita, allá en la cima, los truenos restallaban sobre el tejado de arcilla ahogando los gritos de la joven y las súplicas de su tía que le decía que empujara en lugar de gritar, que siempre había alguien quien pudiera oírlas:

—*No cridis, Anneta, per l'amor de Déu, que sempre hi ha qui pot sentir-te! Pitja, filla, pitja en comptes de cridar!*¹

En la pequeña estancia, iluminada solo por un candil y una vela, la lluvia fustigaba los cristales del ventanuco mientras Ana, empujando con todas sus fuerzas, se agarraba a los barrotes de la cama cada vez que una nueva contracción la apremiaba.

La muchacha veía entonces la sombra de tía Juana proyectarse, enorme, sobre la pared blanca de cal, cada vez que la mujer, ansiosa por ayudarle, se inclinaba sobre ella:

—*Valga'm Déu, Anneta, que ja se l'hi veu es capet! Pitja, estimada, pitja i tan fort com puguis!*² —Su tía le pedía que empujara tan fuerte como pudiera mientras le decía que ya se le veía la cabecita a la criatura.

Secándole el sudor del cuello y de la frente la mujer, preocupada, pensaba en lo penoso que iba a resultarle afrontar el trance de la deshonra con sólo diecisiete años, cuando se dio cuenta que la joven, extenuada, no reaccionaba...

Animándola a empujar una vez más, tía Juana comprobó que la naturaleza, sabia y cruel, seguía su curso cuando vio que la cabecita de la criatura se asomaba al mundo...

En aquel mismo instante llamaron a la puerta con recios golpes y la mujer, impresionada, corrió a abrir.

Allí estaban por fin la comadrona y su prima Margarita resoplando fatigadas bajo el amplio paraguas negro que chorreaba.

Tras instarlas a que entrasen de inmediato, tía Juana se asomó antes de cerrar la puerta pero en la calle solo vio cruzar a un gato negro con saltos ágiles y el rabo muy alto y tieso.

—*Ai Déu del cel, Margalida...! Bé, i com és haver tardat tant? Tan de bò que hem arribat, estimada, que amb aquest temps ens creiem fins i tot no poder pujar!*³

Carme comare apresurándose, se quitó el mantón por el camino y tras lavarse las manos en la cocina entró en el aposento de la joven exclamando sorprendida:

—*Emperò bé, si aquesta criatura és gairebé fora! Venga boixa, sa darrera pitjada, amb ganes, que ja és meva!*⁴

Haciendo acopio de la poca energía que le quedaba Ana empujó, y le sorprendió la sensación del cuerpecito caliente deslizándose entre sus piernas y el llanto que, de inmediato, resonó en la habitación.

—*És una nena!*

Informó la comadrona.

—*I condreta i ben fetona, mesquinoia!*⁵

Añadió tía Juana envolviéndola en una mantita vieja, pero suave y cálida, que colocó junto al

pecho de su sobrina mientras *Carme comare* le aseaba el cuerpo y la cama.

Ana miró con ternura a su hija, y, al verla chuparse los puñitos buscando ansiosamente la fuente de la vida, sintió algo muy hondo. Algo que le hizo olvidar todo el miedo y la angustia pasados y cuanto pudiera aguardarle, cuando al acercarle el pecho a la boquita abierta, la chiquitina se abocó a él sorbiendo con avidez el primer sustento de su existencia...

—*No petitona meva, no! No patigueu mesquiníua!*⁶

La furia de los elementos seguía azotando sin piedad los viejos muros, y a cobijo de su historia, la joven, estremecida, pensó que en tan modesta alcoba, allá en lo alto de la pequeña ciudad de Ibiza, acababa de dar a luz a la hija del Conde de Bellmont, grande de España, y descendiente de una de las familias con más rancio linaje de la aristocracia mallorquina.

CAPÍTULO 2

Mientras se afanaba en la cocina, preparando sopa caliente para su sobrina, tía Juana hubiese querido desahogarse con su prima Margarita pero Ana la necesitaba y no podía entretenerse.

Con el plato humeante, espeso y aromático de caldo de gallina, se dirigió a la habitación donde ésta, aún dormida, tenía junto a su pecho a la recién nacida. Pensando que tras el parto y amamantar a la pequeña no era conveniente dejarla dormir tanto sin alimentarla a ella también, la mujer intentó despertarla llamándola bajito, pero la joven sólo entreabrió los ojos y en voz muy baja le pidió agua para beber.

A pesar que ella y su prima se ingeniaron cuanto supieron para nutrirla, llevándole una la sopa a la boca con la cuchara mientras la otra la sostenía, todo resultó inútil pues, tras ingerir muy poca, Ana se dejó caer de nuevo vencida por la fatiga.

Sin que por la noche hubiera dado más señal de vida que el esporádico suspiro o el reguerillo de lágrimas a ambos lados de las mejillas, tía Juana, intranquila, le puso la mano sobre la frente que ardía y se asustó.

—*Aixó no m'agrada gens ni mica Margalida! Em pareix que hauré d'anar a buscar es metge!*⁷

Apenas lo hubo dicho, abrigándose con el mantón, salió a la calle, y sin que la embravecida atmósfera la disuadiera, ocultando su angustia bajo el paraguas corrió a buscarle.

Los silbidos del viento, estremeciendo a las dos mujeres, ponían la nota trágica en el ambiente mientras éstas, impacientes, aguardaban, escuchando el lento pasar del tiempo en el reloj de la Catedral, hasta que en el silencio denso de la estancia sólo se oyeron el murmurio de sus rezos y el monótono tamborileo de la lluvia sobre el cristal.

Era casi medianoche cuando tía Juana regresó con el médico, pero el azar, desafiando a la ciencia, ya había planteado una vez más el misterio de la vida y la muerte con precisión eterna.

Tras examinar a la joven y escuchar su fatigoso jadeo, el galeno se apartó del lecho.

—*Ho sento molt, Joana, però crec que no hi ha res a fer! Aixó és febre de partera i, que jo sàpiga, no té remei.*⁸

Tía Juana se abrazó a Margarita llorando, mientras el hombre intentaba confortarla:

—*Has fet tot el que has pogut i més! Ara ja no pots més que acceptar sa voluntat de Déu i fer el cor fort! Jo mateix puc avisar a sa dida de l'Inclusa i en es monsenyer, si vols.*⁹

Debatiéndose con los delirios de la fiebre puerperal, que la iba devorando, Ana se veía de nuevo en *Son Estaca* riendo, feliz, encima de un carro lleno de paja, y el mozo que lo conducía, impaciente como ella por llegar a *ses cases*, tiraba de las riendas a la yegua para que galopara.

Fernando, como siempre, la estaría esperando tendiéndole los brazos para ayudarle a bajar, y ella se dejaría caer desde lo alto para sentir en la cintura el contacto de sus manos una vez más...

Ya no sufría la angustia de su amor callado ni el miedo a la deshonra que le aguardaba, sólo la dicha inmensa que se anticipaba a su encuentro con el hombre amado.

Cuando tía Juana entró de nuevo en la habitación, la muchacha tenía aún una sonrisa tibia que

le iluminaba el rostro, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y las manos, implorantes, abiertas al cielo.

La mujer, sollozando, la apretó contra su pecho, y mientras pensaba que pagar tan alto precio por haber tenido apenas tiempo de conocer el amor era injusto, la primera luz del día, alejando la noche y sus misterios, iluminaba una vez más el enigmático ciclo del eterno girar del mundo.

CAPÍTULO 3

La mañana había amanecido entre cendales grises y una lluvia fina cayendo mansamente sobre el mar. Apoyada en la barandilla de cubierta la silueta oscura de tía Juana se recortaba sobre el cielo plomizo y una brisa helada, jugando traviesa con su falda larga, le destapaba los pies y la pita de las alpargatas cada vez que, atrevida, ondeaba sus enaguas blancas.

Desde el barco, la mujer, entre lágrimas, veía como el puerto iba quedando atrás mientras ella se alejaba recordando...

Ante la inminencia del parto de su sobrina había llegado a la isla a últimos de Enero, y aún le parecía verla saliendo a recibirla con su sonrisa triste y ocultando el abultado vientre bajo un holgado mantón negro.

Cuando a finales de Agosto la trajo a Ibiza para esconder su deshonra, su prima Margarita pensó que el cielo lo había dispuesto para ayudarle pues no tenía más que un hijo, que acababa de casarse, y ella se había quedado sola.

La mujer, que era viuda y vivía en *Dalt Vila* muy cerca de la Catedral, tenía *una botigueta*¹⁰ abajo, en el barrio de *Sa Penya*, y bajar todos los días para volver a subir luego donde, salvo sus quehaceres ya no la esperaba nadie, empezaba a agobiarle.

La llegada entonces de la joven no pudo ser más oportuna pues ésta, a cambio de refugio, le hizo de nuevo agradable el regreso a casa donde ahora, además de mesa puesta, encontraba alguien con quién compartir la alegría o la tristeza.

Y Margarita se encariñó tanto con ella que, cuando su prima le confió sus temores por el futuro, prometiendo cuidar de ella hasta el fin de su existencia, zanjó el asunto.

Con los ojos medio ciegos por el llanto, tía Juana contemplaba la Catedral de *Dalt Vila* coronar la ciudadela amurallada enarbolando su belleza sobre el cielo, mientras ella recordaba la mañana de Febrero en la que, amordazada por el miedo, llevó allí a la pequeña para que fuese bautizada con el nombre de María, y donde quedó registrada como hija de padres desconocidos a causa de su silencio...

En medio de tan doloroso recuerdo, su único consuelo consistía ahora en evocar a las monjas del Convento, con gratitud infinita, por haberse volcado en ayudarla desde el primer momento, no sólo regalando un ajuar a su sobrina, que durante el embarazo le había devuelto la sonrisa, sino también por haberse hecho cargo de su hija, la noche aciaga de la muerte de Ana, ataviándola con el vestidito blanco de muselina con encajes que ellas mismas habían confeccionado para bautizarla.

Surcando su ruta contra el viento el vapor doblaba ya el cabo des Llibrell, y tía Juana, asida a la baranda de popa, veía perderse tras él a una de las ciudadelas más antiguas del mediterráneo, impasible testigo mudo de sus lágrimas sobre un mar de tanta historia...

CAPÍTULO 4

Capeando la mar en contra, en su ruta hacia Mallorca, el barco surcaba ya las costas de Sta. Eulalia, y los ojos de tía Juana se detenían en cada rincón de aquel pueblecito donde, por más doloroso que le resultara, tenía que dejar a la pequeña María a merced de su destino.

No sólo tenía que hacerlo sino incluso callar su existencia, como si no hubiese nacido, si no quería perder el empleo y cargar con la deshonra a su propia familia.

No tenía elección ni alternativa.

Lo único que hacía su pesar más llevadero era haberla puesto en manos de Eulalia, su amiga de la infancia, y a la que por ser del mismo pueblo conocía muy bien, aunque la vida luego les deparase destinos tan opuestos.

Ella había tenido suerte con el joven de talante alegre y carácter bondadoso que llegó a ser su marido.

Le había conocido al poco de llegar a Mallorca viajando con el tranvía que él conducía del centro de Palma a los alrededores, donde veraneaban los nobles por los que ella trabajaba. Le llamaban Pep, *es tranviari*, y tía Juana se fijó en él porque desde la primera vez que subió a su vehículo el hombre, notando que era recién llegada, se ofreció a orientarla siempre que lo precisara, dando lugar a que simpatizaran llegando, con el tiempo, a formar un matrimonio bienavenido. Incluso, tras años de frustraciones, habían conseguido finalmente llegar a tener el hijo que tanto deseaban.

Eulalia, por el contrario, había tenido muchos pero no los medios suficientes para alimentarlos.

Casada con Vicente, un holgazán alcohólico, se veía obligada a esconder sus escasos recursos en los sitios más insólitos para que éste no los malgastara.

El hombre que apenas trabajaba cuando lo hacía era sólo en barcas de pesca cuya faena le retenía varios días en el mar y a su regreso, tras dejarse el sueldo en la taberna, no quedaba para ella más que llorar en silencio, aguantando su violencia, hasta que volvía a zarpar.

De los ocho hijos que la infortunada había tenido sólo le quedaban tres, Vicentet el más pequeño acababa de morir de garrotillo, dejándola de nuevo con los pechos ubérrimos y el regazo vacío...

La adopción de la niña entonces no pudo ser más oportuna pues para Eulalia, que vivía de un pequeño huerto con los niños y su padre que era ya mayor y estaba enfermo, amamantar a la pequeña suponía además la inesperada y bienvenida ayuda de unos ingresos.

Confortada con aquel pensamiento, tía Juana intentaba resignarse sabiendo que María llenaría, en parte, la vida de aquella mujer cuya capacidad de amor y sufrimiento era tan grande como el mar, y nunca, como en aquel instante, le había parecido tan inmenso...

CAPÍTULO 5

Sólo tenía quince años cuando tía Juana, huérfana ya de madre, vio morir a su padre. Su hermano el mayor, como es costumbre en Ibiza, heredó la finca de la familia y a ella no le quedó más opción que buscarse el pan por otros andurriales¹¹.

Una tía suya que, por las mismas razones, llevaba casi toda la vida cocinando en Mallorca para una familia de nobles, la recomendó a éstos como ayudante de cocina. La mujer, que era ya mayor y deseaba retirarse, prometió enseñar antes a su sobrina toda la experiencia que ella había adquirido y los Condes de Bellmunt, accediendo a sus peticiones, dispusieron que la joven entrara a formar parte de su plantilla de servicio.

Tras años de aprendizaje, no sólo con ella sino también de la fuente inagotable que *sa senyora*¹², la condesa, había heredado de su madre, tía Juana consiguió ganarse el puesto cuando su tía lo dejó vacante.

Sin embargo al casarse no quiso dejar sola a la mujer que la había protegido como a una hija y, de acuerdo con su marido, decidió cuidarla hasta su último instante en la misma planta baja, *des carrer de sa Portella*, donde la anciana había vivido desde que llegara a la isla.

A pesar de ser un cargo de gran responsabilidad, tía Juana, superándose de año en año, llegó a desempeñarlo de forma tan brillante que, en el palacio, donde se daban festines y celebraban las fiestas con opulencia y boato, era frecuente que los mismos comensales, personajes importantes de la nobleza mallorquina o de otros lares, la felicitaran por su arte.

Fue entonces cuando la mujer se trajo de Ibiza a su sobrina Ana, cuyo padre acababa de fallecer dejándola también huérfana a los quince años.

El hombre, que había enviudado de la única hermana de tía Juana cuando la niña tenía sólo cinco, creyó mejor dejarla al cuidado de las monjas para volver a casarse. Y la muchacha, educada por éstas, había conseguido una buena formación cultural y religiosa, amén de coser y bordar con primor exquisito, lo que alentó a tía Juana a recomendarla a *sa senyora* para cuidar de su madre, *la senyora avia*¹³, cuya salud delicada precisaba de alguien dedicado únicamente a su servicio.

La anciana dama vio con agrado la llegada de la bella joven que, además de hacendosa, la atendía con delicadeza y buenos modales, y le tomó tanto apego que la acomodó en su propia alcoba.

Esforzándose al límite, Ana trataba de satisfacerla mostrándose en todo momento solícita y devota.

La senyora avia, cuya memoria era prodigiosa, no se cansaba nunca de contarle anécdotas de su vida que, debido a la carrera diplomática de su padre, había sido muy azarosa.

Se pasaba horas hablándole de sus viajes y enseñándole fotos donde podía apreciarse que, de joven, ella también había sido muy hermosa, causando impacto en los salones de media Europa por tocar el piano como verdadera virtuosa.

No obstante a la dama sólo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de su nieto Fernando, el único de la familia, según decía, que en lo tocante al arte había salido a ella. Y, enseñándole las telas que éste había pintado colgando en los salones de palacio junto a obras de maestros geniales, afirmaba que, sin desmerecerlas, podían compararse.

Por otro lado, y con el orgullo de quién no puede disimularlo, le describía, además del joven más simpático y apuesto de la ciudad de Palma, como a uno de los estudiantes con el coeficiente intelectual más alto, según los catedráticos de la Sorbona donde aprendía Arte e Historia desde hacía ya tres años.

La senyora avia no se daba cuenta que con ello contribuía a que la muchacha le admirara aún antes de conocerlo.

CAPÍTULO 6

Era bien entrado el mes de Junio cuando, como todos los años a principios de temporada, llegó *na María modista* que, para coser la ropa de la familia, se quedaba en el Casal durante dos o tres semanas.

Ilusionada por la inminente llegada de Fernando, la senyora avia se hacía confeccionar un precioso vestido de raso que Ana, mostrando destreza y buen gusto, le había diseñado.

A la costurera le divertía ver como ésta vestía y desvestía una y otra vez a la dama hasta que la prenda le quedaba perfecta, aunque al final nunca sabía si la complacencia de ésta se debía a sus logros o a los esfuerzos de la aprendiz, pues la "senyoravia" acababa siempre irremisiblemente dormida.

Y fueron éstas las circunstancias que propiciaron que la muchacha, del modo más fortuito, conociera por fin al esperado protagonista de tanto preparativo.

La tarde anterior y a causa de un imprevisto, *na María modista* había tenido que ausentarse para volver a su casa, dejando para ella los últimos toques del vestido.

Y en ello estaba cuando, sentada en su *cadireta baixa*¹⁴, oyó llamar a la puerta con los nudillos y vio a la dama levantarse de un brinco para fundirse en un abrazo con su nieto más querido.

Poniéndose en pie de inmediato, Ana se quedó petrificada contemplando la escena desde su sitio.

Destacando la apostura de su porte con las botas de montar aún puestas, Fernando entró en la estancia vestido de jinete y al abrazar a su abuela, haciéndola girar en el aire como si fuese una niña, se le cayó la gorra sin darse cuenta.

Movida como por un resorte la muchacha se adelantó a recogerla conteniendo la respiración al ver que el joven, mucho más atractivo de lo que la "senyoravia" le había descrito o hubiese podido imaginarle, se acercaba a ella.

—*Aquest és es meu nét, Aineta! Es meu nét Fernando!*¹⁵

Le decía la dama con la voz todavía entrecortada.

La joven, ruborizada, extendió la mano y le ofreció la gorra con una leve inclinación.

—*Així tu ets s'angel que se'n cuida tan bé de sa meva padrina?*¹⁶

Levantando los ojos un instante, Ana, que mantenía la cabeza baja, se encontró con su mirada y, profundamente turbada, volvió a bajarla musitando sus respetos en una sola palabra:

—*Senyoret!*¹⁷

CAPÍTULO 7

Cuando llegaba el calor y la familia se disponía a trasladarse a *Son Estaca* a pasar el verano, en el Casal se llevaba a cabo, como un ritual, la limpieza a fondo de todos los años.

Algunas mujeres con sus maridos llegaban entonces de otras *possessions*¹⁸ de los condes para ayudar al servicio, y encalando unos las alcobas y *sa clastra*¹⁹, mientras otros sacudían las alfombras en *es porxo*²⁰ donde luego las enrollaban para guardarlas, desde el suntuoso artesonado del techo a las artísticas baldosas del suelo, entre todos dejaban la mansión como un espejo.

Por último sacaban las fundas de los arcones y se cubrían los muebles, algunos de marquetería y tapizados con ricas telas pero todos de maderas nobles, y se enfundaban también los cuadros y las lámparas de cristal.

Finalmente cerraban el Casal y partían los señores, en su galera, seguidos por la carreta del servicio con su equipaje personal.

Confiscado al Islam por el rey Jaume I y sus nobles, *Son Estaca* era un palacio medieval construido sobre uno de los alcázares islámicos en la reconquista de las islas, y aunque transformado al estilo gótico por los vencedores, la imponente silueta de su torre, la filigrana en las ojivas de los ventanales y los juegos de agua del jardín, brotando a través de fuentes y surtidores, mostraban los vestigios de la belleza arquitectónica árabe.

Ubicado a la misma orilla de *Es torrent gros*, por el que bajaban al mar las aguas pluviales de Tramuntana, o sierra Norte, sus tierras gozaban de gran riqueza productiva y su extensión era enorme.

Situada arriba, junto a las otras, la alcoba de la *senyoravia* era suntuosa. Tenía un cuarto de baño equipado con piezas de alabastro y jaspe, a la moda renacentista, y dos balcones muy altos revestidos por dentro con cortinajes de encaje blanco que ondulaba al más leve soplo del aire. Uno daba a *sa carrera*, o entrada principal, y el otro al jardín de doña Magdalena.

Dos camas de caoba Isabelinas, de elegante diseño torneado, presidían la estancia, y completaba el mobiliario un tocador veneciano, con espejo articulado, que fascinó a la muchacha.

Abriendo de par en par las persianas, ésta contempló el vergel más poblado de frutales que jamás había visto ni podido imaginar que existiera. Los naranjos, granados y limoneros, alienándose entre nísperos, almezes y albaricoqueros, se mezclaban con los cerezos, manzanos y ciruelos, ofreciendo, los unos con las flores y los otros con sus frutos, la promesa de un néctar infinito de sabores.

Los jazmines y rosales trepaban por el balcón, y varios *fassers*²¹, o palmeras altas y esbeltas, le daban majestuosidad y belleza formando guardia delante y a ambos lados de la mansión.

Sin embargo lo que llamó su atención fueron los arbolitos de adelfas que, a lo largo y ancho de *sa carrera*²², formaban, en armonía perfecta, una sinfonía de color.

Entre todos los matices del blanco los había que ostentaban el rosa, destacando las que lucían tan rojas como piedras de rubí, pero el perfume que emanaba de todas era tan intenso que llenaba el aire y penetraba en la alcoba.

Cohibida ante tanta magnificencia, Ana se quedó callada aspirando el aroma, mientras la *senyoravia*, apoyándose en su brazo, le aconsejaba:

—*Ai, Aineta, que aquesta oloreta de sa dama de noche embaume, però ves amb compte i no toquis mai ses flors, estimada, que podrien emmetzinar-te!*²³

CAPÍTULO 8

Con el verano llegaba el bullicio y ajeteo de aparceros y jornaleros a *Son Estaca*, interrumpiendo, con la cosecha y recogida de frutos, su habitual y bucólica calma. Contribuían también a ello sus moradores que, forzados a vivir puertas afuera, competían en mantener el habitat fresco desde la casa de los señores hasta la de los mayorales que cultivaban sus tierras.

Situadas en la parte trasera de la mansión, *ses cases de s'amtger*²⁴, o aparceros, estaban unidas a ésta por un atrio muy amplio en el que convergían todas sus dependencias.

Adosadas a los establos de las bestias, las cocheras para los carruajes de los señores y las caballerizas de sus monturas quedaban bajo el mismo techado del zaguán donde aparcaban los carros, y un arco muy ancho de medio punto formado por dos columnas de granito daba entrada o salida al recinto, cuyas dos puertas macizas eran de tal reciedumbre que precisaban la fuerza de más de un hombre para cerrar o abrirlas.

Los enormes portales de *sa tafona des trull*, o almazara, los de silos y graneros junto a las puertas de las cocinas, cerraban el círculo alrededor de "sa Clastra" en cuyo centro una antiquísima cisterna de ancho brocal de mármol y abrevadero de roca, dibujaba en el aire un artístico arco de hierro forjado para la polea, formando dibujos de flores y hojas.

Apenas clareaba cuando los cascos de las bestias, resonando sobre las piedras, despertaban a Fernando cuyo balcón daba al patio y, levantándose al punto, éste bajaba de inmediato para ir con el "amo" a coger higos chumbos.

No se hubiera perdido por nada del mundo saborear el jugoso y dulce fruto al estimulante fresquito de la madrugada.

Ses figueres de moro o chumberas, estaban detrás del muro del jardín, y se accedía a ellas por medio de una cancela situada bajo el balcón de la *senyoravia*.

Al oír el chirrido de sus goznes, Ana corría a ver al joven por detrás de las persianas, y le parecía tan guapo con el pelo aún revuelto y la abierta camisa arremangada, que durante unos segundos apenas respiraba.

Sin darse cuenta de la ansiedad de su doncella por bajar a reunirse con su nieto, la dama, acostumbrada a los ruidos del agro que la rodeaba, seguía durmiendo.

Invitándola a compartirlo, el joven aristócrata había convencido a la muchacha que, para refrescar la boca y las entrañas, no existía placer comparable al de paladear con la primera luz del alba el sabroso fruto. Y ésta, que al principio se había resistido por timidez y temor al entredicho, acabó por ceder y bajar corriendo a reunirse con él junto al portillo, descalza y sin aliento, sólo con la camisa blanca bajo el batín de fino lienzo.

Realzada por la negligencia matinal del atuendo, su belleza entonces resplandecía, y Fernando, fascinado, contemplaba su largo cabello negro enmarcarle el rostro entre arabescos de mechones sueltos, mientras ella, muy turbada, miraba al suelo.

Y aunque ambos hubiesen querido eternizar aquel momento, robado al sueño, tenían que volver y fingir estar durmiendo para que nadie pudiese nunca descubrir el secreto de su atracción ni la aventura a escondidas de sus encuentros.

CAPÍTULO 9

Durante el verano de 1899, Ana, en contacto directo con la naturaleza, vivió las experiencias más diversas de su existencia.

Ayudando a su tía en la cocina o a las hijas del aparcero, todos los días descubría algo nuevo en aquella heredad inmensa, y no podía evitar compararla con las pequeñas haciendas de su tierra.

En aquel feudo, donde todo era grande abundante y espléndido, los almendros, plantados en hileras simétricas, poblaban más de doscientas *corterades*²⁵ de un suelo tan fértil que, además de ganado de varias especies, producía también toneladas de trigo y aceitunas, almendras, algarrobas y toda clase de fruta.

Una de las más exquisitas, y de la que ella a todas horas daba buena cuenta, era la que ofrecían las higueras alrededor del caserío, donde había tantas, que en pleno verano después de comerlas en abundancia secaban al sol las que sobraban sobre canyisos²⁶, guardándolas luego para el invierno, alineadas entre anises en cajoncitos.

Le gustaba sentarse bajo la tupida sombra de la que presidía la era y escuchar el sonsonete de origen árabe que, durante la trilla, los hombres, con el torso desnudo bajo un sol abrasante, entonaban para alentar a las bestias mientras éstas rodaban sin fin pisando las espigas. Tapándolo con hojas verdes para mantener el agua fresca, *l'amo*²⁷ guardaba un *càntir*²⁸, o botijo, en el que vertía un buen chorro de Cassalla o Canya²⁹, medio enterrado bajo la higuera.

No tenían otra forma de apagar la sed devoradora que, agrietándoles los labios, les reseca la boca, ni de renovar las fuerzas cuando éstas desfallecían bajo la tarea agotadora.

Protegiéndose de la inclemencia solar con manguitos de tela y sombreros de paja, llegaban luego *ses collidores*³⁰, a las que Ana ayudaba para escuchar, divertida, la algazara que formaban. Casi todas eran muchachas del pueblo que venían a recoger, en cuclillas, las almendras que los hombres, encaramados en los árboles, echaban a tierra a golpes de vara.

Controlando las cosechas de Alaró, Binissalém y Campos, donde también poseían alquerías, el Conde y su hijo iban y venían, acompañados a menudo de doña Magdalena y alguna que otra vez por la *senyoravia* y su inseparable doncella.

Así fue como ésta, asombrada al contemplar las viñas más extensas de Mallorca y a una manada de caballos sin doma:

—*Trotant per una de ses possessions de Tramuntana*³¹ —comentó a la dama que jamás hubiera pasado por su imaginación la existencia de propiedades tan vastas ni a tantos seres humanos trabajando la tierra para un solo señor.

Al anochecer cuando todos salían a *pendre la fresca*³² a *sa carrera*, los señores en sillones de mimbre y los trabajadores en *els pedrissos, cadires baixes*³³ o donde fuera, mientras "l'amo" comentaba con los Condes los proyectos y aconteceres del día, los más jóvenes amenizaban la velada cantando y bailando *copeos, mateixes, i boleros*³⁴, acompañándose de bandurrias y guitarras.

Finalmente y antes de retirarse, la *senyoravia*, ayudada por Ana, solía sentarse al piano del salón, cuya puerta abierta de par en par daba a *sa carrera*, e interpretaba a Chopin, su preferido, y a pesar de practicar muy pocos días, sus dedos, ágiles aún sobre el teclado, conseguían que las

notas de un Preludio o de un Nocturno llenaran la noche de armonía.

Ebria de emociones, la joven entonces no podía evitar las lágrimas, que al conjuro de los acordes y en la oscuridad pasaban inadvertidas.

CAPÍTULO 10

Aunque acostumbrada a ello durante el verano, a tía Juana con los años se le hacía cada vez más cuesta arriba tener que ir y venir de casa todos los días. Atender a dos hogares con la misma eficacia no resultaba tan fácil como antaño.

Sin embargo le compensaba ver crecer en belleza a su sobrina pensando que bien valía el esfuerzo cuando por las tardes la observaba mientras ésta, acompañándola al pueblo, le ayudaba a llevar la cesta que doña Magdalena le llenaba de viandas.

Al llegar a *sa tartana*³⁵ que iba y venía de Palma se despedían, y Ana, volviendo sobre sus pasos, contemplaba, embelesada, la luminosa amalgama de colores que el crepúsculo extendía por el espacio.

Le gustaba la paz profunda que con las primeras sombras descendía sobre la tierra, y nunca el silencio le pareció tan denso como el que entonces la rodeaba.

La sierra imponente se recortaba sobre el cielo, y entre la fronda oscura la lechuza o el búho, siempre al acecho, saludaban a la noche con su canto nocturno.

Aspirando los mil aromas que la tierra desprendía, la joven entonces fruía de sentir el polvo del camino hundirse fino bajo sus pies mientras caminaba, y ver que al fondo, flanqueada por altísimas palmeras, la mansión siempre aguardaba.

Sacándola de su abstracción, en más de una ocasión el trotecillo de la yegua, tirando del cabriolé o la galera en la que volvían el Conde y su hijo, la había sorprendido, pero cada vez que ésto ocurría, Fernando, feliz de encontrarse con ella, detenía al animal al llegar a su lado y la invitaba a subir tendiéndole la mano:

—*Bon vespre, Aineta! Venga, puja amb naltros fins a ses cases!*³⁶

La joven, muy turbada, se alejaba balbuceando:

—*Bon vespre senyorets... Moltes gràcies, però no... No en faltaria més que haguessin d'anar estrets per culpa meva!*³⁷

—*Au venga, dona, puja que, per lo que queda, no és cap molestia!*³⁸

Seguía insistiendo el joven, acercándose con cuidado.

Ana entonces obedecía, aunque encogándose cuanto podía y sin atreverse a respirar hasta que habían llegado.

Apeándose de un salto, Fernando le ayudaba a bajar, y ella, con los ojos bajos, agradecía su gentileza retirándose del lugar.

Al Conde le divertían tanto la turbación de la joven como las atenciones que su hijo le dispensaba y mientras les observaba, más de una vez le había comentado:

—*Quina morena més guapa, Fernando! Que t'hi has fixat?*³⁹

Pero el joven, absorto, viéndola alejarse grácil y airosa, con la cinta del sombrero colgándole sobre la espalda y la elegancia natural con qué movía la falda larga al compás de sus andares, no le escuchaba.

Sin embargo y aunque nunca le hiciera ni la más leve alusión al respecto, la *senyoravia* intuía los sentimientos de su nieto por la muchacha, y empezaba a preocuparle el que éste, que a sus veintitrés años le había contado siempre sus escarceos amorosos, se mostrara ahora tan hermético.

Aunque tratara de ocultarlo su actitud y su forma de mirarla cada vez que la visitaba en su

alcoba, lo que hacía últimamente con frecuencia inusitada, denotaban claramente que el joven se había enamorado...

Y la dama comenzó a temer a la belleza de su doncella y a estar pendiente de sus reacciones pero ésta, sumisa y recatada, nunca dejaba entrever sus emociones.

CAPÍTULO 11

Septiembre llegaba con los primeros frescos, el aroma de fruta madura y los graneros llenos. Cubierta con el oro del rastrojo la tierra descansaba de su fecundo parto ofreciendo, agradecida, racimos abundantes de uvas maduras para la vendimia.

Las *vetllades a la fresca*⁴⁰ se acortaban, y empezaba el tráfago laborioso de embotellar tomates y conservar los frutos, elaborando mermeladas y confituras de exquisitos aromas y refinados gustos.

Para poder controlar los trabajos y aprovechar mejor la jornada, tía Juana se quedaba a dormir en la mansión durante aquellos días, y era siempre la última en acabar por la noche y la primera en comenzar por la mañana.

Cuando había terminado de atender a la *senyoravia*, su sobrina bajaba para ayudarle a terminar antes y, unas veces en silencio y otras hablando en voz baja, la acompañaba hasta su cuarto del desván.

Situado bajo el tejado de *sa possessió, es porxo*, o desván, era enorme. Dividido en dos alas por una escalinata, a la izquierda quedaban las dependencias para enseres familiares y los depósitos del agua, y a la derecha los aposentos del servicio. Éstos, que eran muy amplios, solían ser compartidos, excepto el del final del pasillo que, frente al estudio de Fernando, estaba asignado a tía Juana por ser más reducido.

Mientras ésta se acostaba, Ana, apoyada en el pretil de la ventana, seguía hablando con ella hasta que la mujer, agotada, se quedaba dormida. La joven, entonces, prendida en el encanto de la noche, miraba al firmamento y pedía a Dios, al que le parecía sentir más cerca desde allá arriba, que le ayudase a salvarse de sí misma, porque, aunque se negara a admitir haberse enamorado, la imagen del ser amado la desafiaba en todo instante, y por más que tratara de ignorarlo allí estaba, dondequiera que mirase, en el sol o en las tinieblas, en la música o en el aire.

Y en aquellos momentos que entre el cielo y la tierra no había más testigo de su pena que la luz de las estrellas, lloraba hasta agotarse. Luego cerraba las persianas y, secándose las lágrimas, se acercaba a su tía para besarla en la frente, antes de bajar de nuevo de puntillas.

—*Bona nit, tieta!...Déu vos guard!*⁴¹

CAPÍTULO 12

Las labores de conserva y embotellado terminaban, y con ellas la estancia de la familia en la mansión. Los preparativos para el retorno a la ciudad empezaban prestando especial atención a *sa bugada*⁴², o colada, que ocupaba lugar preferente ya que la ropa tenía que ser guardada en canteranos i caixes⁴³ para el año siguiente.

Apiladas junto al fuego, desde varios días antes, las cáscaras de almendra aguardaban el momento de convertirse en ceniza, componente básico de es *sabó fluix i sa lleixiuada*⁴⁴, una labor artesana que, para la higiene, jamás sería superada.

Tras untar las prendas con *sabó fluix* donde más lo precisaban, se dejaban en remojo durante horas para lavarlas luego junto a la ropa blanca, y tras hervir ésta en calderos de *lleixiuada*, se aclaraban todas tendiendo ésta última al sol y las de color a la sombra.

Por la tarde las mujeres del servicio la recogían y mientras iban y venían con grandes cestos, toda la casa olía a jabón y a ropa limpia.

El día antes de partir Ana subió al desván, cuando ya anochecía, y recogió la ropa de las señoras tendida en el discreto lugar de siempre, como solía.

Había cesado el parrupeo de los pájaros al recogerse y la noche, con presagios de tormenta próxima, se acercaba.

Dispuesta entonces a cerrar las persianas, la joven se dirigió al cuarto de su tía pues sabía que ésta las entornaba por la mañana y las abría de nuevo cuando se iba.

Apoyada en el alfeizar la joven contempló al lucero de la tarde desaparecer entre celajes sombríos, y, en medio del silencio de lluvia que empezaba a rodearle, escuchó el balido lejano de las ovejas corriendo apretadas a refugiarse en el aprisco.

Un vaho sofocante enrareció entonces la atmósfera y en pocos instantes las nubes, preñadas y oscuras, cubrieron el cielo.

Un vendaval huracanado comenzó a levantar el polvo del camino y, formando remolinos, retorció los árboles con violencia hasta tocar el suelo.

Irisando los gruesos goterones que empezaron a caer sobre la tierra, reseca y agrietada, el primer relámpago rasgó el aire deslumbrándola, y la muchacha, sobresaltada por el estampido del trueno que, a renglón seguido, restalló sobre el tejado, de un brinco se apartó de la ventana.

Formando una cortina densa que lo cubría todo, la lluvia caía ahora con tanta fuerza que ensordecía, y el viento cerrando las persianas, una y otra vez volvía a abrirlas golpeándolas furioso contra la pared...

Asustada por la violencia súbita de la tormenta, la joven, empapada, pugnaba por sujetarlas sin conseguirlo, cuando sintió de pronto que Fernando, rodeándola por la espalda, cogía sus manos entre las suyas para tirar del pestillo y atrancarlas.

Jadeante aún y temblorosa, Ana se volvió y al verse junto a su pecho se retorció un instante intentando huir, pero los brazos del joven, en torno a su cintura breve, se lo impidieron.

—*T'estím, Aineta...! T'estím!*⁴⁵

Susurraba éste besándole los cabellos...

Con la garganta reseca, la muchacha intentó objetarle pero se le quebró la voz, y por primera vez se quedó mirándole.

Fernando, enloquecido, buscó su boca y la besó desesperadamente, mientras ella desfallecía borracha de sentimiento y pasión...

CAPÍTULO 13

Limpiando la atmósfera brumosa del verano con brisas frescas, llegaba el otoño con los primeros aguaceros que ablandaban la tierra para la sementera.

Contemplando el canalillo que formaba la lluvia calle abajo culebrear entre las piedras, Ana, desde el balcón del Casal recordaba con tristeza el esplendor y estruendo del estío más feliz de su existencia.

Atrás quedaban los días de sol y adelfas, y con ellos el éxtasis de amor vivido.

La realidad se imponía ahora obligándola a fingir naturalidad, cuando la ausencia del ser querido era la experiencia más desgarradora que había conocido. Por primera vez se sentía sola y, cuando no la veía nadie, lloraba su destino durante horas.

En el silencio largo de sus noches insomnes le parecía oír su voz en el viento que ululaba triste por las esquinas pronunciando su nombre, y sentirle junto a ella cada vez que, encogida, temblaba en la cama enorme. Y cuando llegó el invierno vistiendo de blanco las cumbres más altas de la isla, ni la furia del mar con sus recios temporales ni el frío más intenso de todo el Universo, pudieron compararse al filo penetrante de su dolor inmenso.

Resguardando la isla del viento helado del Norte, l'Ofre, es Puig Major, es Tomir, es Teix i es Massanella le parecían gigantes de piedra que, en contraste con las suaves colinas de su tierra, le recordaban su vida plácida de antes.

Desconocidas e incontrolables, como la escarpada sierra mallorquina, sus primeras emociones de mujer ahora la enloquecían, sometiéndola a una dura lucha entre la pasión y el hechizo del joven aristócrata y sus principios y valores.

La *senyoravia*, desconcertada, observaba en silencio como Ana languidecía, y aunque hubiese querido confortarla, cuando la sorprendía ocultándole las lágrimas, no se atrevía.

No quería convertirse en cómplice de aquel amor que sabía irrealizable.

Confundida no obstante por la insólita situación, en más de una ocasión llegó a plantearse alejarla de sus vidas, pero el respeto por los sentimientos de su nieto y el cariño que ella misma profesaba a la muchacha, acababan finalmente fortaleciendo su relación.

Y en aquel silencio compartido, preñado de sentimientos contradictorios, flotaba el secreto que uniría a las dos mujeres con lazos sutiles pero, tan sólidos, que únicamente la muerte podría destruirlos.

CAPÍTULO 14

Entre las costumbres y tradiciones de Mallorca que Ana conoció viviendo con aquella familia de nobles, la de *ses matances*⁴⁶ le pareció la más arraigada y sabrosa.

La matanza del cerdo, uno de los alimentos básicos de la población mallorquina, y la elaboración de su carne eran un rito ancestral en la isla, y los nativos, pese a tener el clima en su contra, habían adquirido tal experiencia en la conservación de la misma, que la *sobrassada*⁴⁷ había llegado incluso a la Corte de España donde, por su excelencia, era muy apreciada.

Aunque significaran días de arduo trabajo para *matancers i matanceres*, la joven, que por primera vez asistía a ellas, no se mostró aprensiva a la hora de ayudarles, y a pesar de huir despavorida al oír los gruñidos desesperados de los animales a los que sacrificaban de madrugada, volvía después a colaborar de buen grado en la labor colectiva. Tía Juana tampoco se iba a dormir a casa durante aquellos días, quedándose en la mansión hasta que "*es rebost*⁴⁸", o despensa, quedaba bien surtida de *alfabias d'ossos de porc, costelles, seïm, peces de llom, i els enfilolls de botifarres, i camaióts, penjant del sostre, amb les sobrassades, llangonisses i botifarróns*.⁴⁹

Finalizada su misión, la mujer, haciendo alarde de su dominio en el arte de la gastronomía, les servía un *arròs de matances*⁵⁰ al mediodía que no sólo reponía la fuerza de los trabajadores sino que invitaba también a los señores a unirse a ellos para degustarlo en fraterna compañía.

Al anoecer el Conde, poniendo el colofón final de la despedida, les invitaba a todos a compartir, junto al fuego, la insuperable cena de *frit de porc amb pebres, esclatasangs i llom*⁵¹, regada con el néctar divino del vino nuevo y completada con la más exquisita repostería.

Tras tan rica pitanza el cansancio desaparecía, y los jóvenes, cantando y bailando, celebraban el fin de sus fatigas y las bienvenidas ganancias.

Desvelada por recuerdos y nostalgias, Ana apenas durmió aquella última noche en *Son Estaca* y así que amaneció el día subió al cuarto de su tía que, fatigada por el trajín de la víspera, descansaba todavía.

Sin atreverse a llamar permaneció un instante indecisa, atraída como por un imán al estudio de Fernando cuya puerta, al otro lado, la incitaba con tanta fuerza a abrirla y entrar que al final lo llevó a cabo.

Avanzando en la oscuridad tanteó con las manos extendidas hasta llegar al ventanal donde corrió las cortinas.

No había vuelto allí desde el pasado verano, y le pareció increíble que de tanto bullicio y alegre actividad sólo quedase ahora aquel paisaje invernal, brumoso y desolado, donde, envuelta en el silencio, la silueta desnuda de los almendros desplegaba sus ramas crispadas al cielo.

No podía creer que aquel lugar fuera el mismo donde el hombre que ella amaba, besándola por vez primera, le confesara su amor y que hoy, que él ya no estaba, no le quedara otro consuelo que llorar, desesperada, el que no hubiera sido todo más que un sueño...

La luz del día, con claridad diáfana, comenzaba a iluminar los cuadros y los objetos cuando la joven, sentándose junto al caballete de Fernando para secarse las lágrimas, sin querer se

enganchó el brazo con la tela que lo cubría y ésta se vino abajo.

Entonces ocurrió el milagro.

Plasmada sobre el lienzo, en un bellissimo retrato, se vio a sí misma y se echó atrás sorprendida.

Tras observarlo desde todos los ángulos, comprendió de inmediato el secreto guardado en aquel arcano y que, inundándola de felicidad, el arte con más elocuencia que todas las palabras, acababa de revelarle...

CAPÍTULO 15

En una isla como Mallorca donde la cantidad de almendras y su calidad superaban la producción nacional, en las cocinas del Casal tía Juana podía lucir su habilidad elaborando exquisitos turroneos para la Navidad.

Un mes antes ya preparaba *ses coques de torró de neula*⁵², para acabar finalmente con *es torró fort, es fluix, i es de massapà*⁵³, cuyas antiguas recetas llevadas a cabo de forma artesanal, constituían auténticas delicias del buen yantar.

No menos arraigada, aunque de índole espiritual, la costumbre de *fer es Betlém*⁵⁴, o poner el Nacimiento, era otra de las tradiciones populares mallorquinas, y no había familia que no montara el suyo con las típicas figuritas de barro que los niños, en la escuela, aprendían a modelar.

Heredado de generación en generación, el Pesebre del Casal, formado con imágenes napolitanas de gran valor histórico artístico, se instalaba en el salón donde se iluminaba la misma Nochebuena con la solemnidad de un auténtico rito.

La ilusión de la *senyoravia* ante la inminente llegada del nieto era tan contagiosa, que decidió aquel año asistir a Misa del Gallo con su doncella a la que vestiría de abrigo, botines de cuero y mantilla de blonda.

La joven, ajustándolo a la esbeltez de su talle y cambiándole el cuello de armiño por otro más sencillo de Astrakán a juego con el manguito, había transformado el abrigo que ella, tiempo atrás, luciera por media Europa, en una auténtica obra de arte.

Imaginando el revuelo que su belleza causaría entre familiares y amigos, a la dama le divertía que, ahora que ella ya no podía, Ana, en su lugar, lo provocase.

Traídas de allende los mares y celosamente guardadas en su *canterano*, la *senyoravia* andaba buscando entre sus mantillas la más apropiada para la muchacha, la cual no sabía si le inquietaba más el tener que vestir de punta en blanco o el regreso de Fernando.

Resonando sobre las piedras del patio, se oían con frecuencia durante el día los cascotes de las bestias y las ruedas de los carruajes, pero el que relinchó aquella tarde, mientras la *senyoravia* y Ana elegían entre encajes, era Gallardo, el caballo de raza árabe que sólo mostraba su alegría cuando lo montaba el joven...

Tras mirar por la vidriera, Ana intentó ocultar su nerviosismo precipitándose a quitarse el velo, pero la *senyoravia* protestando se lo colocó de nuevo:

—*No, Aineta, no, no t'el llevis que és es meu nét que arriba!* Que és en Fernando!⁵⁵

Sin darle tiempo a retirarse, el joven cruzó el umbral y abrazó de nuevo a su abuela pero esta vez, mientras la levantaba en vilo haciéndola girar en el aire, la miró a ella con tanta insistencia, que Ana, bajando la cabeza, tuvo que ocultar su rubor tras el encaje.

CAPÍTULO 16

Durante su vida breve, aunque rica en experiencias de místico embeleso, fue sólo en la Nochebuena de 1899 cuando Ana creyó encontrarse en la antesala del cielo.

Sentada junto a la *senyoravia* en un banco de la catedral de Mallorca, contemplaba, fascinada, las esbeltas columnas de la magnífica nave gótica desplegarse en lo alto, como palmeras, en forma de bóvedas y arcos de impresionante belleza.

Irisando los vitrales y el enorme rosetón de la basílica, la luz de los cirios y las lámparas cabrilleaba iluminando los retablos de los altares y el oro de las hornacinas.

La música de Bach, interpretada al órgano por el maestro de capilla, resonaba en la acústica perfecta alcanzando el grado sumo del arte hecho armonía.

La muchacha, arrobada, escuchó por vez primera *El cant de la Sibil.la*⁵⁶ y el de los villancicos más populares de la isla, interpretados por un coro de *escolanets* o monaguillos, cuyas voces, cristalinas y afinadas, fraseaban con maestría.

Fernando, al otro lado de su abuela, a duras penas podía apartar los ojos de la joven cuyo rostro, enmarcado por la mantilla, eclipsaba a la hermosura del mismo templo que resplandecía.

Después de la Misa la familia, compartiendo devoción y alegría con familiares y amigos, se acercó a la capilla donde estaba el Nacimiento para adorar al Niño.

Deseando orar a solas, Ana pidió venia a la *senyoravia* para ir al otro lado de la reja a postrarse ante el Pesebre de figuras barrocas,

y, aprovechando el barullo de los feligreses el joven, sin poder contenerse, la siguió con disimulo y se arrodilló junto a ella apretándole la mano con elocuente mensaje mudo.

Ajenos a cuanto les rodeaba se miraron en silencio largamente, atraídos por algo más fuerte que su voluntad, conscientes ambos que aquel momento solemne perduraría en sus almas con soplo de eternidad...

CAPÍTULO 17

Después de un frío Invierno de soledad y tristeza, Ana, alborozada, observaba a los gorriones anunciar la primavera llevando sin parar briznas al nido que construían bajo el alero de su ventana.

Llegaban las fiestas de Semana Santa y con ellas la llegada de Fernando que pasaría las vacaciones en casa, y la joven no sólo contaba los días sino también las horas que aún le quedaban para vivir el momento glorioso de su llegada. Sin embargo el destino, alterando sus vidas, les jugaría otra carta. Un fuerte vendaval aquella noche, zumbando su furia desbocada por las calles, la mantuvo desvelada, con silbos aterradores, hasta bien entrada el alba cuando por fin amainó. Y en medio del silencio que volvía a rodearla inundándola de paz, escuchó el cuchichear de voces corriendo por la casa y, alarmada, se levantó. Sin encender el candil para no despertar a la *senyoravia*, salió corriendo descalza y no paró hasta llegar al salón donde doña Magdalena, con la cabellera suelta y los ojos llenos de lágrimas, hablaba con su doctor.

—*No es posi així senyora que no ha estat res! Ara ja ha passat lo pitjor!*⁵⁷—le decía el galeno, tratando de animarla:

—*Una angina de pit, encara que no hagi estat greu, sempre és delicada però reposant i cuidant—se pot viure molts anys encara.*⁵⁸

Y mientras el mayordomo despedía al médico, *sa senyora*, al verla, se le acercó angustiada:

—*Ai, Aineta, reina meva, que es senyor per poc mos deixa! Tu que ets un àngel prega, prega perquè es curi aviat!*⁵⁹

Devolviendo al Casal la normalidad perdida, pocos días después llegó Fernando que, infundiendo ánimo en el corazón de todos, llegó incluso a conseguir que su padre a las pocas semanas montara de nuevo y, con su yegua preferida, le acompañara a *Son Estaca*.

Aún así, y a pesar de su rápida mejoría, el joven no le dejaría más al frente de la hacienda solo, y, haciéndose cargo él de todo el patrimonio, únicamente le permitiría pasar las horas en el Círculo Mallorquín, el club de los aristócratas de la isla, en animado coloquio con sus contertulios de toda la vida.

CAPÍTULO 18

La luz pálida de la luna, dando formas espectrales a los muebles, dibujaba su contorno en las paredes de la habitación, mientras la lechuza, acechando entre las sombras, sonaba lúgubre sobre los viejos tejados del antiguo bastión.

Desvelada por una extraña desazón que le impedía dormirse, Ana, tras comprobar que el sueño de la *senyoravia* era apacible, salió de la alcoba.

Necesitaba evadirse y el único lugar donde se encontraba a sí misma era el cuarto de costura en el que había pasado tantas horas. En aquella especie de taller, lleno de enseres por todas partes, se sentía protegida junto a la máquina de coser, telas y encajes, porque allí todo era sencillo y acogedor, como el ambiente al que ella pertenecía, y lo prefería a cualquier otra estancia de la suntuosa mansión.

Fascinada por un hombre y por un mundo al que no pertenecía y del que nunca podría formar parte, vivía por un lado la felicidad de amar y ser amada sin olvidar por otro que Fernando, aunque jurase casarse con ella o no casarse con nadie, al final se vería obligado a acatar lo inevitable. La diferencia de clases que los prejuicios sociales establecían.

Angustiada salió al balcón en busca de aire, y aspiró con fruición la brisa marina que susurraba entre el ramaje meciendo suavemente la altísima palmera, mientras la luna llena bañaba de luz el mar infinito. Nunca como entonces había sentido la grandeza del universo frente a un paisaje, y su contemplación consiguió calmarle.

Fernando, también desvelado, desde su cámara la vio asomarse blanca y etérea como una aparición, y quedó prendido admirando su imagen.

Ondeándole sobre la espalda, el cabello suelto resaltaba el perfil de sus formas que, a través del encaje, alcanzaban la perfección, y el joven, absorto ante tanta belleza, se quedó observándola un instante hasta que el hechizo más poderoso de la tierra lo llevó junto a ella.

Se encontraron de nuevo sus miradas y sus cuerpos, y formaron una sola silueta sobre el cielo mientras el búho, escondido entre la fronda, ululaba para ellos su vieja canción de amor.

Y se amaron por primera vez, aquella noche de Mayo encantadora, más allá del delirio y la locura, quemando con el fuego de su pasión toda barrera y deslumbrando a la misma oscuridad, hasta que los rayos insolentes de la aurora iluminaron su piel desnuda, arrancándoles del éxtasis de felicidad...

CAPÍTULO 19

Preparando el equipaje, ilusionada, la *senyoravia*, ayudada por Ana, se disponía a pasar un verano más en "Son Estaca".

Escuchando los proyectos de la dama, la joven se esforzaba en concentrarse pero no podía. En su mente sólo cabía aquel amor, para el que no encontraba forma ni regla humana de controlar, y por el que vivía, aunque muriendo al mismo tiempo, esclava de su albedrío y sin poder escapar.

Fernando que la quería aún más, si cabe, se negaba a cualquier razonamiento que pudiera separarles, y aunque conscientes ambos del riesgo que corrían si alguien llegaba a enterarse, se veían a escondidas porque no podían evitar amarse.

A pesar de ello aquel estío, que habían soñado pasar juntos a todas horas, sólo pudieron verse a solas en contadas ocasiones puesto que Ana, ocultándoselo al joven, por las mañanas había empezado a sentir náuseas y, alegando cualquier causa, declinaba sus peticiones.

Ofuscada por el temor, la joven intentaba ignorar los primeros avisos de la naturaleza pero su ignorancia en la materia aumentaba su confusión.

Notando sus ojeras la *senyoravia*, extrañada, observó que una mañana, y con ansiedad exagerada, le pidió que la dejara ir en busca de higos sabiendo que no era tiempo aún para que maduraran. Y ver tan alterada por un capricho a una joven que había sido siempre tan comedida, la dejó muy intrigada...

Interrumpiendo sus pensamientos, poco después entró su nieto para enseñarle el retrato que había hecho de la muchacha.

Más impresionada por los sentimientos que el joven había plasmado magistralmente en cada pincelada, que por la misma obra de arte, la dama sólo pudo comentarle:

—*Deu meu Fernando...! Has d'estar molt enamorat d'ella perquè t'hagi quedat tan divina!*⁶⁰

—*No havia estimat tant mai a cap dona, padrineta, però, per l'amor de Déu no digui una sola paraula d'aixó a ningú, encara!*⁶¹

—*I a qui vols que ho digui, estimat, si em ve just poder—ho pair jo!*⁶²

Después que el joven la abrazara saliendo de la estancia, ella, presagiando lo inevitable, no pudo contener las lágrimas.

Ana no tardó en volver y viéndola alterada, solícita se sentó a sus pies:

—*Que no es troba bé vostra mercé? Què ha plorat quan jo no hi era?*⁶³

La *senyoravia*, conmovida, le preguntó a su vez:

—*I tu, reina meva, que n'has trobat qualquna de ses que tant t'agraden? Perque no crec que n'hi hagi cap encara, i me pareix que, al manco, hauràs d'esperar fins a darrers de mes!*⁶⁴

—*Ai senyoravia! Donaria mitja vida, ara mateix, per poder menjar—me'n una d'aquelles de s'era!*⁶⁵

Aquel deseo expresado con tanta vehemencia confirmaba sus sospechas, y, mientras el aire llenaba la alcoba con la fragancia de las adelfas, la dama, angustiada, buscó la evidencia en los ojos de su doncella pero ésta, rehuendo su mirada, se levantó a entornar las persianas.

CAPÍTULO 20

Los cambios que, de un tiempo a esta parte, tía Juana venía notando en el aspecto y la actitud de su sobrina empezaban a preocuparle.

Había adelgazado notablemente y las ojeras oscuras destacaban en la palidez cetrina de su cara.

La muchacha, antes alegre y dicharachera, se mostraba ahora taciturna y ensimismada, y la mujer, preguntándole, intentaba averiguar la causa pero ésta, eludía el tema, esquivándola.

A pesar de ello tía Juana sabía que sólo era cuestión de tiempo y de saber esperar el momento en el que la joven, sin poder aguantarlo más ella sola, acabara confesándole su secreto.

No había más que mirarla, estaba escrito en sus ojos y lo arrastraba en su sombra.

Cuando a finales de Agosto Ana tuvo que rendirse a la evidencia de su estado, decidió que, por más que le costara, no tenía otra salida que confiárselo a su tía.

Más consternada sin embargo por el dolor que iba a causarle que el de su propia caída, armándose de valor fue a esperarla aquella tarde.

A pesar que tía Juana ya sabía que ocurriría en cualquier instante, aquel anochecer al ver a su sobrina en el portal de *sa clastra* aguardando su salida, sintió lástima.

Temblorosa y encogida, mirando al suelo, parecía la viva imagen de la impotencia, y la mujer, cogiéndola del brazo, fingió no darse cuenta.

—*Avui me'n duc es senalló gaire bé buit, Annetta, i tan de bó que sa senyora no hi ha set aquesta tarda perquè estic massa esgotada per anarme'n carregada!*¹⁶⁶

Escuchándola, sin oírla, la muchacha, tambaleándose, dejó caer el cesto, y de no ser por su tía que, animándola, la sostuvo, se hubiera venido al suelo.

—*Emperò bé, estimada, que no vets que ja és hora que em diguis qué carai et passa?...No vets que no tens a ningú altri en aquest món, filla, i que jo estic aquí per ajudar—te? Tenguis confiança amb mí, bona al.lota, que no hi ha rés, tret de la mort, que no pugui agalipar—se!*¹⁶⁷

Alentada por sus palabras Ana, tratando de explicarse se atragantaba...

—*Tieta jo voldria dir—li... Pero és que no sé ni tan sols com començar!*¹⁶⁸

Pidiendo ayuda a Dios para sus adentros tía Juana, apartándola del camino, la condujo hasta *sa rabassa*⁶⁹ de un olivo donde la hizo sentarse y, acomodándose a su lado, trató de serenarse mientras escuchaba su historia de amor desde el principio.

Después de su confesión la joven sintió tanto alivio que, mirando al cielo y a los ojos de su tía, le dió las gracias a Dios.

Tía Juana, por su parte, viéndola tan indefensa y vulnerable en su estado, escuchó su propia voz comunicando seguridad y le pareció un milagro, pues en el fondo lo que sentía era impotencia total ante el quebranto inesperado...

Acuciada sin embargo por la responsabilidad que le había caído encima, la mujer decidió ocultar al mundo la deshonra de su sobrina llevándosela a Ibiza donde su prima Margarita, además de guardar el secreto, la cuidaría.

Y, en medio de la amplia y agostada sementera, aquel pacto de renuncia y silencio quedó sellado entre las dos mujeres por las lágrimas y el miedo, sin más testigo que la luz de las estrellas.

Temerosa por la tardanza, Ana volvía a la mansión con paso apresurado, y, mientras, resonando en la paz del campo, los sollozos le estallaban en la garganta como bramidos de animal herido, los grillos, impasibles, acunaban la noche con su canto.

CAPÍTULO 21

Aquel último día de Agosto de 1900 quedaría grabado en la memoria de Fernando, de forma tan indeleble, que nada ni nadie podría nunca borrarlo. Fatigado y sudoroso volvía en su "galera" de controlar las cosechas, preocupado por su padre que, resintiéndose de su dolencia, no había podido acompañarle. Al llegar al camino de "Son Estaca" el sol ya se había puesto pero en la tierra agostada había encalmado el aire, y el bochorno era irrespirable. No se movía una sola hoja del árbol ni el más leve soplo de brisa que lo hiciera soportable. Era como si la naturaleza, quedándose quieta, permaneciera expectante ante el golpe inesperado que la vida iba a asestarle.

Nada le hubiese hecho tan feliz en aquel instante como encontrarse con Ana por el sendero, pero éste se abrió frente a él, solitario y polvoriento, y, desalentado, dejó a la cansada yegua ir al paso con la esperanza de verla aparecer.

A medida que se acercaba y frente a "ses cases" divisó a su abuela tomando el fresco sin su doncella, su desazón fue en aumento.

Acosado por un mal presentimiento, apenas llegar se apeó, inquieto, dejando las riendas de la yegua al mozo que le aguardaba y, tras saludar a los suyos con un gesto, entró por el portal de *sa clastra* para apurar hasta la última posibilidad de encontrarse con la muchacha.

Era la primera vez que ésta no estaba cuando él volvía, ni soñando por el camino ni atendiendo a la *senyoravia* como solía, y tuvo que contener el impulso de correr a preguntar qué ocurría en vez de subir a bañarse y cambiar de atuendo para cenar con la familia.

Fingiéndose una naturalidad que no sentía se sentó a la mesa junto a su abuela, pero ésta, intuyendo su agonía, le contó que por la mañana tía Juana le había pedido permiso para embarcar con su sobrina aquella misma tarde, pues su prima de Ibiza se había puesto enferma y necesitaba de alguien que la cuidase.

Lo que la *senyoravia* jamás contaría a nadie fue que al notar a la mujer abatida y preguntarle si no existía otra razón para llevarse a su doncella de forma tan repentina, ésta había zanjado la cuestión de forma tajante:

—*Vostra mercé i jo sabem que aquesta és sa millor solució per tots i s'única que ens queda!*⁷⁰

Y ella, que había entendido muy bien el sentido de sus palabras, por miedo a revelar con ellas el secreto de su nieto, se calló.

Como si una losa pesada e invisible hubiese caído sobre ellos, aquella noche la cena transcurrió en medio de un incómodo silencio que se adueñó de la estancia donde, a partir de aquel momento, sólo se oyeron tintinear los vasos y repiquetear los cubiertos.

Finalmente la *senyoravia*, alegando fatiga, pidió a su nieto que la acompañara a su aposento donde le vio salir al balcón y retorcer con fuerza la barandilla de hierro entre las manos, intentando mitigar su dolor hasta que, llorando con la cabeza baja, se desplomó.

La dama, acercándose, le ayudó a levantarse diciéndole:

—*Venga, rei meu, no et posis així que tot s'arreglará.*⁷¹

—*Ja no puc més, padrineta!...Tenc que contar-ho tot a mumare i llavors anar-me'n a cercar-la!*⁷²

—*Ara no pots anar-te'n darrera ella, Fernando, no pots deixar de banda ses teves responsabilitats i donar un disgust tan gros a ton pare, amb lo delicat que está!...Hauràs d'esperar que torni, estimat!*⁷³

Pero el joven, sin decir palabra, la besó en la frente y subió a su estudio en dos zancadas.

Allí le aguardaba aún el remate final de su jornada aciaga.

Doblada sobre una silla, en el centro de la estancia, vio la mantilla de Ana que, junto a un ramito de adelfas, ésta le había dejado, como *penyora*⁷⁴, por toda despedida. Llevándosela a los labios la acarició con la mejilla guardándola, desconsolado, entre el pecho y la camisa.

Luego bajó al establo y montando a Gallardo, el caballo con más brío, se adentró en el bosque a galope tendido.

La *senyoravia*, angustiada, escuchó su trote retumbar en el silencio de la noche hasta que se perdió en la distancia.

CAPÍTULO 22

La ausencia de Ana se prolongaba y Fernando, desesperado, se hacía el encontradizo con tía Juana acosándola a preguntas que la mujer, recelosa, eludía con respuestas vagas.

Impotente ante la primera circunstancia de su vida que no podía controlar, el joven atosigaba también a su abuela sin percatarse que ésta, aunque nunca se quejara, había empeorado desde que su doncella la dejara.

Empeñado en recuperar a su amada, Fernando decidió embarcar con tía Juana cuando ésta, a finales de Enero, anunció que se iba a Ibiza. Pero la *senyoravia*, suplicándole que desistiera, se apresuró a advertirle las consecuencias que su decisión podía acarrear a la quebrantada salud de su padre y, prometiéndole que si aguardaba se pondría de su parte, consiguió que lo aplazara.

De nada le valió no obstante recordarle los inconvenientes de casarse con una plebeya, pues al joven la vida sin ella había dejado de importarle.

Sin embargo sería el destino el que al final, destrozando de forma brutal sus ilusiones, diría la última palabra.

Poco después de irse tía Juana, el Conde, dejando a la esposa y al hijo desolados, sufrió otro ataque al corazón del que en esta ocasión no pudo recuperarse.

Lo único que mantuvo entonces la cordura de Fernando fue la esperanza de reunirse con Ana, y sólo por ella se enfrentó a la adversidad hasta el estoicismo, haciéndose cargo de la responsabilidad heredada y velando por su madre como un buen hijo.

Pero a últimos de Febrero cuando tía Juana, muy apenada, volvió de Ibiza y, ocultando la verdadera razón, les dijo a todos que su sobrina había muerto tísica, el joven, incapaz de asimilarlo, se derrumbó.

Ido y enajenado le vieron durante días vagar por la casa, y por más que su madre y la *senyoravia* lo intentaran, no consiguieron que reaccionara.

Negándose a admitir la muerte de Ana, Fernando, al límite de la resistencia humana, se debatía entre demencia y razón, y en los momentos en los que ésta última prevalecía, todo el dolor del mundo le parecía menos profundo que un solo latido de su corazón.

Pero una noche serena de finales de Mayo, cuando desde su cámara contemplaba el balcón del cuarto de costura donde, hacía sólo un año, una noche como aquella se amaron hasta la locura, la intensidad del recuerdo fue tan aguda que lo arrastró allí de nuevo.

El aire al abrir la puerta movió los cortinajes, y el joven, creyendo verla, se precipitó sobre ellos llamándola con voz ronca, enloquecido, hasta que cayó en la cuenta que sólo era encaje lo que apretaban sus brazos vacíos.

Abriendo el balcón de par en par, porque se ahogaba, aspiró profundamente mirando al cielo y, aunque sintió el impulso de gritar su nombre tan alto que resonara por todo el universo, se contuvo pensando que ella ya no podría oírle jamás porque había muerto.

Atravesándole como una saeta, la realidad entonces le desgarró el alma dejándole desvalido, y por primera vez, después de tanto tiempo, estalló en sollozos igual que un niño.

Al oír su llanto desde su alcoba, la *senyoravia*, suspiró aliviada, pensando que el bálsamo vivificador de las lágrimas acudía por fin a sanar el alma de su nieto que estaba rota.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 23

María había cumplido ya tres años y seguía creciendo, robusta y lozana, pegada al pecho de Eulalia, aunque ésta, traumatizada por la muerte prematura de sus hijos anteriores, ante la más insignificante de sus indisposiciones temblara.

Sin embargo aquella que sería la única etapa feliz de su primera infancia sólo duró hasta el día que Vicente, el marido de Eulalia, decidió dejar la pesca y quedarse en casa. Embotado y bestializado por el alcohol, el hombre, que nunca había visto a la niña con buenos ojos, convirtió su vida en un calvario, y para empeorarlo su aversión por ella fue creciendo con la convivencia. A espaldas de su mujer la maltrataba, llamándola con desdén *s'aventurera*, y la pequeña, que hasta entonces sólo había conocido la ternura de Eulalia y el cariño de sus hijos, vivía aterrorizada. La mujer, dándose cuenta, procuraba mantenerla alejada del marido, pero éste volvía a las andadas a cada oportunidad propicia, llegando a desesperarla hasta el punto de plantearse ingresarla en el hospicio.

En un lugarejo llamado *Arabí*, situado entre los pueblecitos de San Carlos y el de Sta. Eulalia, vivía una viuda con sus dos hijos. Pedro, el mayor, que estudiaba en el Seminario de *Dalt Vila*, y María, de dieciséis años, que le ayudaba en las labores agrícolas.

Cuando la citada se enteró de lo que ocurría en casa de su vecina, tiempo le faltó para visitarla, y, jurando cuidar de ella como si de su propia hija se tratara, le pidió que le cediera a la niña. Pero Eulalia, que no podía decidir nada sin el beneplácito de tía Juana, le sugirió que esperara a que ésta contestara a la carta que, de inmediato, iba a escribirle informándola.

Y así aquel Invierno de 1904, cuando tía Juana llegó de Palma y vio los moratones y señales que María tenía por todo el cuerpecito, profundamente afectada, decidió poner fin al conflicto acompañando a Eulalia, aquella misma tarde, a casa de la viuda para tratar con ésta la adopción de la niña hasta el último detalle.

Sentadita entre las dos mujeres, María, ajena al drama que la rodeaba, se dormía arrullada por su conversación y el traqueteo del carretón, mientras el burrito, acelerando el trotecillo, trataba de abrirse camino contra el viento helado del Septentrión.

Tan pronto se percató de su llegada, la viuda, saliendo a recibirlas, vio que la niña dormía en brazos de Eulalia y, de acuerdo con tía Juana que creyó mejor no despertarla para evitarle el trauma de la despedida, las condujo hasta su cuarto donde la acostaron en el pequeño camastro que ya tenía preparado junto a su cama.

Era bien entrada la noche cuando tía Juana y la viuda cerraron su trato, y aunque ésta preparara la cena insistiendo en que se quedaran, las dos mujeres, considerando que las circunstancias no eran las adecuadas, declinaron.

Dejando *es boliquet de roba de sa nena*⁷⁵ sobre una silla, Eulalia fue la primera en salir de la casa llorando desconsolada, y tía Juana, prometiendo visitarlas, se apresuró a seguirla intentando confortarla.

El cierzo traía efluvios de *romaní i frígola*⁷⁶ mientras ambas mujeres, abrigándose con la tupida manta bajo el toldo protector, se apretaban una contra la otra sobre el asiento del carretón.

Eulalia sin dejar de lamentarse y tía Juana tirando de las riendas al burrito que, atendiendo a sus

chasquidos, emprendía el retorno más ligero que antes.

Al llegar al recodo del camino tía Juana se volvió, y, al ver la casita blanca donde dejaba de nuevo a la pequeña María a merced de su destino, sintió que se le desgarraba el alma...

Buscando respuesta a sus preguntas levantó los ojos al cielo pero sólo vio a la luna llena que, rielando sobre el mar, parecía seguirlas, indiferente y fría, a lo largo del sendero.

CAPÍTULO 24

Los cuatro años que María pasó con la viuda los recordaría siempre como a una de las etapas más duras de su vida. La mujer, que era tan enjuta de carnes como parca en demostraciones de cariño, había perdido al marido siendo aún muy joven, y llevar la hacienda sola, además de criar los hijos, la había endurecido.

Nadie, desde que era viuda, le había prodigado un gesto de ternura o el consuelo de una caricia, y el único medio que conocía de paliar la soledad y frustración que la consumían era trabajar hasta embrutecerse.

Aún así tenía un sueño, un objetivo que la motivaba a superar las circunstancias adversas de su vida, y éste no era otro que el de ver un día a su hijo ordenado sacerdote. Pero dado que la escasa tierra que poseía era de secano y bosque, tenía que ingeniárselas para conseguirlo. Y no escatimaba esfuerzos trabajando en el pequeño huerto que poseía junto a *Es Canà* y del que, por fortuna, manaba un manantial tan abundante, que le permitía costear su carrera, cultivando frutas y hortalizas de toda clase.

Hiciera frío o calor, ella y su hija se levantaban todos los días, antes que el sol, y se dejaban allí la piel hasta que anochecía cuando volvían, medio dormidas, con el burrito y el carretón.

Cuidando *des bestia*⁷⁷, o pequeño hato de cabras con alguna que otra oveja, María tenía también que contribuir en la empresa y, con sólo cinco años, pasarse el día corriendo detrás de ellas, resultaba superior a sus fuerzas.

Y, si alguna vez, agotada, cuando pacían tranquilas se tendía en el suelo y se quedaba dormida, no tardaban los gritos de algún vecino en despertarla amenazándola con contarle a la viuda que la manada, asaltándole el huerto, le había destrozado las plantas.

La pobre niña, asustada, volvía entonces a la carrera hasta perder el aliento intentando reagruparlas.

Y apacentando pasó María su infancia, medio descalza en verano sobre la tierra abrasante y en invierno sobre la escarcha, sin más avío en la taleguilla que un mendrugo de pan y "*un grapat de figues seques*⁷⁸", para matar el hambre, amén de algún que otro fruto robado donde podía.

A pesar de todo era feliz cuando llegaba *es sol post*⁷⁹ y la viuda y su hija regresaban del huerto, llevándole siempre alguna que otra fruta, de las más exquisitas, y permitiéndole *abeurar s'aset i portar—lo dins s'estable*⁸⁰ ella solita.

Y mientras las dos mujeres acababan con las tareas que aún les quedaba para poder retirarse, la pequeña, ansiosa por fruir de la citada primicia, se acurrucaba dentro de *sa menjadora*⁸¹ sobre el forraje del jumento cuyas cabezadas, empujándola para pellizcar hasta la última brizna, no tardaban en dormirla.

Cuando la viuda o su hija iban a buscarla, María dormía ya tan profundamente que todo intento por despertarla resultaba inútil, por lo que, sin más cena que la fruta saboreada, la acostaban hasta el día siguiente cuando todo empezaba de nuevo con un vaso de leche de cabra recién ordeñada.

CAPÍTULO 25

A diferencia de lo que es común en otras partes, en Ibiza las casas de las aldeas, o pequeños pueblos, no están agrupadas sino dispersas entre el paisaje, lo que, en otros tiempos, obligaba a los lugareños a comunicarse por medio de mensajes a voz en grito que, en caso de eventos importantes, podían llegar de un extremo al otro de la isla en casi cuestión de instantes. Le llamaban *es pas de missatje* y entre los isleños era deber sagrado que el primero en recibirlo corriera a transmitírselo al vecino más cercano. Éste a su vez haría lo mismo puesto que, según la tradición, al que cometiera el error de interrumpirlo la desgracia caería sobre él como castigo. Y a tal grado llegaba su diligencia en el rito, que al llegar a la costa el último en recibirlo no tenía más opción que gritárselo al árbol más próximo o a cualquier otro matorral vivo.

A medio camino de la colina, y a poco trecho de la casa de la viuda, vivía su única hermana, Catalina de *Can Costa*, con su marido y sus dos hijos.

Todos los días, cuando la viuda se iba al huerto, avisaba a su hermana con el citado alarido para que ésta vigilara a la pequeña hasta su regreso, pero Catalina, aunque mostrara su acuerdo al mismo estilo, tenía muchas tareas a las que dedicarse antes de poder hacerlo.

Su hijo mayor, *en Pep d'en Costa*, que contaba ya diecisiete años, sentía una marcada hostilidad por María, a la que llamaba también *s'aventurera* y, a pesar de esforzarse por ocultarlo, no podía evitar ponerse nervioso cada vez que ésta le miraba con sus ojos claros.

Sólo Dios sabe qué sórdidos pensamientos le llevaron, no sólo a vejarla con gestos obscenos, sino también a vigilarla, como el depredador a su presa, de forma sigilosa pero tan intensa, que la pequeña, temerosa e indefensa, comenzó a evitarle.

Escapando de su acoso como podía, la pequeña sufría en silencio sin atreverse ni a insinuárselo a la viuda, pues ésta, siempre dispuesta a favor de su sobrino, no sólo se negó a escucharla, cuando intentó decírselo, sino que incluso la amenazó con el castigo.

El que todos tuviesen alguien siempre dispuesto a defenderles a costa de lo que fuera y ella no tuviese a nadie, hizo que asimilara entonces el significado de la palabra *borda*⁸².

Consciente que, sin ser culpable, estaba sola, la falta de cariño y el ansia de caricias la impulsaba, a veces, a ganarse el de la viuda recostándose en su regazo y llamándola *mamaíta*.

Pero la mujer, que desde un principio se había mostrado arisca, la ignoraba hasta el punto que, molesta, un día la apartó bruscamente rechazándola de plano:

—*No em digueu mai més "mamá", boixa! Jo no som sa vostra mare! En tot cas, digueu—me padrina.*⁸³

María, desconcertada, le preguntó:

—*Com és que jo no tenc mare, padrineta?*⁸⁴

—*No vos ho sabria dir jo aixó, anau a sebre! Diuen que sa vostra va morir quan vos nesquereu!*⁸⁵

Con la insensibilidad del gesto y sus palabras, la viuda inculcó en la niña el sentimiento de abandono y soledad que la acompañaría hasta el fin de sus días.

Sin embargo nada ni nadie pudo destruir nunca su rico mundo interior ni su poderosa imaginación, donde encontraba siempre una razón para luchar por su derecho al privilegio de la vida.

CAPÍTULO 26

El otoño se anunciaba en el aire y la tierra húmeda del bosque olía a setas y musgo aquella tarde mientras María, buscando por la colina, llenaba *es cistelló de caragols i reïna*⁸⁶ hasta rebosarle. Sobresaltándola de pronto, el estampido de un trueno retumbó en el cielo encapotado y la manada, alarmada, comenzó a dispersarse. Lo que hasta entonces había sido sólo llovizna se convirtió en un aguacero, y fueron las mismas cabras que, replegándose en tropel, la empujaron a precipitarse en una oquedad cercana donde ya se habían refugiado en parecidas circunstancias. Vencida por el cansancio y tiritando de frío se tumbó en el suelo de la cueva, alfombrado por la hojarasca seca de los pinos, apretándose contra el cuerpo de los animales en busca de calor, hasta que, arrullada por el rumiarse de éstos y el repiqueteo de la lluvia, se durmió. No habría pasado mucho tiempo cuando la manada revolviéndose, asustada, la despertó con sus balidos, y sin darle tiempo a preguntarse que había ocurrido la silueta de un hombre, dibujándose enorme en la boca de la caverna, apareció frente a ella.

Como animal acorralado, la niña apretó las palmas de las manos contra las rocas del fondo buscando con la mirada un hueco por donde escapar, pero, regateándola con piernas y brazos, "en Pep den Costa" le impidió poderlo lograr. Petrificada por el espanto María boqueaba como pez sacado del agua, mientras las carcajadas del rufián, resonando en el minúsculo recinto, le estallaban en la cabeza penetrando en sus oídos.

—*A redofotre quina trobada! Ja era hora que ens veiessim ses cares d'aprop, BORDEGASSA! Veniu aquinetes, bona alloteta, veniu cap aquí que aquesta volta no us escapareu!*⁸⁷

Al patán primitivo no le resultó difícil ensañarse con ella y, sujetándole las piernas en alto, tras tirarla al suelo de forma violenta, le arrancó las braguitas de un manotazo. Creyendo morir de dolor y vergüenza, la pequeña perneaba con todas sus fuerzas intentando evitar que le introdujera en la vagina la ramita de lentisco que llevaba en una mano y con la que el gañán, enardecido, la punzaba sin piedad en la entrepierna.

Y quién sabe donde hubiera llegado la brutalidad del paleta de no haber sido por su madre que, llamándole a gritos, puso fin a aquel tormento.

Asustado al oír su voz, el zafio saltó fuera, dejando a la niña, maltrecha, llorando en el suelo de la cueva.

Cuando al anochecer la viuda y su hija regresaron del huerto, comprobando, extrañadas, que María no les salía al encuentro, como solía, arrearon al jumento para que trotara más deprisa. Apenas llegar la llamaron a voz en grito y viendo que no salía decidieron, intranquilas, preguntar a los vecinos, pero la pequeña apareció de pronto en medio del camino.

Intentando acercarse caminaba a horcajadas, muy despacio, sucia de barro y lágrimas, con la cabecita baja, el vestido hecho jirones y las braguitas en la mano...

La viuda, que ya recelaba, le preguntó gritando mientras corría a cogerla en brazos:

—*Déu de cel i terra, nena! Però bé, i què us ha passat? Què us han fet, mesquineta?*⁸⁸

Luego, mientras la bañaba en el barreño, comprobando, aliviada, que los arañados genitales, aún sangrantes, no presentaban mayores males, la mujer escuchó el relato de la niña sin poder contener las lágrimas.

Confortada por el agua calentita que ablandaba el escozor de sus heridas, María, complacida de ver por vez primera a la viuda llorar por ella, se dormía. Poco después la hija de la viuda observó como su madre, desencajada, corría a casa de su hermana y, aunque nunca supo de lo que hablaron las dos mujeres, a partir de aquella noche nunca más volvió a verlas dirigirse la palabra.

Un calvario de terror comenzó entonces para la pequeña. Dondequiera que fuese, y por lejos que estuviera, cada vez que divisaba a *n'en Pep den Costa* emprendía tal carrera, que nada ni nadie podía detenerla saltando arbustos y matorrales por altos que fueran, y aunque alguna vez cayera, seguía rodando y girando sobre sí misma, hasta perderle de vista.

Pero al llegar la noche se le aparecía de nuevo en sus pesadillas, y despertaba temblando entre sollozos desgarradores. La viuda, intentando tranquilizarla, la acogía en su cama acunando sus terrores con susurros y caricias.

CAPÍTULO 27

Otra de las experiencias que marcaron la vida de María, durante el tiempo que pasó con la viuda, fue la forma un tanto primitiva de llevarse a cabo *es festeig*, o cortejo, en Ibiza.

Movidos por el atávico instinto, los jóvenes al anochecer se reunían *en colles*, o grupos, y después de entonarse con *absenta* en el bar del pueblo, se abrían camino, con el UC característico, a dondequiera que hubiese una muchacha en edad de merecerlo.

Retando a la muerte o enfrentándose a la vida, este alarido, oriundo del Norte, ha resonado en la isla durante siglos.

Acicalada para la ocasión, la joven, en cuestión, les esperaba sentada en *es porxo*, y, según costumbre establecida, prestaba atención a todos sus pretendientes, sin excepción, vigilada siempre a distancia por la madre o cualquier otra pariente.

Haciendo las veces de recibidor, almacén o comedor, según se tercié, *es porxo* es el aposento principal de la casa rural en Ibiza, y los mozos, dividiendo el tiempo que tocaba a cada uno, entraban a cortejarla por riguroso turno. Pero si alguno se atrevía a desafiarles, prolongando el suyo más de la cuenta, los demás, tirándole piedrecitas desde fuera, protestaban. Y si éste, por la razón que fuera, no se daba por aludido, cualquier rival, resentido, agazapado en las sombras le aguardaría al final de la ronda con el *corvillo*.

Y María, entristecida cada vez que veía la luz de *un llumaner* o de un cirio rasgar las tinieblas de la noche anunciando desde el porche la muerte de un vecino o de un amigo, intentaba, preguntando, encontrar una razón que justificara aquel rito, pero nunca nadie se la dio.

A pesar de todo la vida seguía y al día siguiente los mozos volvían a casa de la viuda a cortejar a su hija, pero ésta, que amaba a un joven al que su madre no quería, tenía que aguantarse y verse con él a escondidas.

En Joan den March des Caná, cuyas tierras lindaban con el huerto de la viuda, conocía a la hija de ésta desde niño y se habían enamorado. Sin embargo la mujer se oponía porque, según decía, además de ser republicano el joven no iba a Misa, por lo que ella prefería a otro que, *fill de molt bona casa i tan bon cristiá mateix*⁸⁹, consideraba mejor partido. Pero la muchacha, alegando que no le gustaba se resistía, y la madre, contrariada, viendo que ni con amenazas ni castigos lo conseguía, despidió a los demás obligándola a recibirlo. A la joven entonces no le quedó otra alternativa que recurrir a *sa fuita*, o raptó, otra costumbre ancestral de la isla.

Acordado previamente con la familia, el joven en estos casos se llevaba a la amada a su casa donde, hasta el día de la boda, sus padres la custodiaban.

Un *sol post* María vio a la viuda regresar sola del huerto llorando enfurecida, y no se atrevió a preguntar por su hija. Pero al ver que el tiempo pasaba y ésta no aparecía, llegó a creer que había muerto y lloró por ella muchas noches hasta quedarse dormida.

Unas semanas después, y acompañada de la que luego sería su madre política, la vio de nuevo subir cuesta arriba, y, muy sorprendida, apenas tocaba el suelo cuando tomó carrerilla para salirle al encuentro.

La hija de la viuda, pidiéndole que avisara a su madre, le dijo que venía a pedirle perdón antes de casarse.

Apenas se lo hubo dicho cuando la pequeña ya estaba de vuelta tras anunciar a la mujer, gritando desde la puerta:

—*Padrina! Sortiu padrineta, que na María ha tornat!*¹²⁰

En la mente de María quedaría grabada para siempre la escena de la viuda que, al divisar a su hija llorando indecisa a mitad de camino, llamándola a gritos se lanzó cuesta abajo a recibirla, mientras la joven corría a su encuentro fundiéndose ambas en un abrazo que a ella le pareció eterno...

CAPÍTULO 28

Cada año, en Diciembre, la fiesta de la Purísima marcaba un hito en la vida de María, pues tía Juana venía de Palma llevándole ropa y calzado y para ella, a quién nunca nadie hacía regalos, significaba lo mismo que para otros niños la llegada del hada madrina o los reyes magos.

Sabiendo que además de escucharla la mujer le hablaba de su madre, a la que al parecer había conocido, presa del nerviosismo la noche anterior apenas dormía, esperando el momento de compartir con ella confidencias y secretos que nunca le había contado a nadie.

Así que amaneció el día, la niña suplicó a la viuda que en vez de llevarla a Misa le permitiera esperar a tía Juana en el altozano que circundaba su casa, y allá en lo alto, oteando cada ribazo y cada hondonada, aguardó María, quién sabe cuanto, hasta reconocer la silueta ansiada en el puntito negro que apareció lejano en medio del camino.

Sin poder contenerse al verla, la pequeña lanzó un grito de alegría tan grande que resonó en cada recodo del valle y más allá de sus laderas. Al oír el eco de su nombre vibrando en el aire, tía Juana, emocionada, buscó a María con la mirada y al divisarla corriendo colina abajo con los bracitos abiertos, se detuvo a esperarla.

El sol tibio de la tarde doraba las rocas de la colina cuando tía Juana y la niña, después que la viuda las regalara con un buen ágape, subieron el senderillo serpenteante que conducía a la cima.

Inundándola con un torrente de palabras, María intentaba contar a la mujer el rapto de la hija de la viuda, mientras ésta, conocedora de las usanzas de su tierra, la escuchaba divertida.

Enfrascada en la conversación, la pequeña no se dio cuenta que habían llegado a lo que para ella era la cueva del terror, y al verse de pronto frente a ella huyó gritando desfavorida...

—*No, tieta, aquí no!*

Tía Juana, estupefacta, la llamó desde el camino, pero María no paró hasta llegar abajo, donde la encontró temblando acurrucada entre unos pinos.

La mujer, desconcertada, se sentó a su lado y con paciencia y mucho tacto consiguió que le contara lo ocurrido, mientras ella, con el alma en vilo, la escuchaba.

De regreso a casa de la viuda, ésta comprendió de inmediato por la expresión de su cara, que tía Juana venía enterada del incidente con su sobrino y, queriendo tranquilizarla, le aseguró que tanto ella como su hermana tenían la situación controlada para que la niña no corriera ningún otro peligro.

Pero de nada le valieron sus razones ni la resistencia que oponía, pues tía Juana ya había decidido llevársela de allí aquel mismo día y confiársela a su prima Margarita de *Dalt Vila*, con la que, además de protegida, María tendría oportunidad de ir a la escuela.

Después de cruzarse entre ambas acusaciones severas y palabras ofensivas, la viuda optó por ceder, rogándole que a cambio pasara la noche en su casa y así poder acompañarlas al día siguiente a *Dalt Vila*.

Aquella mañana el viento helado del Norte secaba las lágrimas de la viuda cuando ésta, muy contrariada, hacía trotar al burrito por el mismo camino que cuatro años antes le trajeron a la niña y ahora se la llevaban.

María, que ya contaba siete, empezaba a temer a lo que le aguardaba, pero tía Juana, adivinándolo, la rodeó con el brazo mientras se juraba no permitir que jamás volviera a sufrir ningún daño, aunque si preciso fuera, ella tuviese que mover el mundo para evitarlo.

CAPÍTULO 29

Tras lo ocurrido a María en casa de la viuda, a tía Juana se le hacía cada vez más cuesta arriba tener que guardar el pacto de silencio que había sellado con su sobrina.

En su interior se debatía una lucha feroz entre el remordimiento de ocultar a Fernando la existencia de su hija y el temor por el futuro de la misma.

Necesitaba tranquilizar su conciencia y la única persona a quién podía confiar su dilema era la *senyoravia*, pero el estado de ésta había empeorado desde que ella regresara de Ibiza, y no pudo llevarlo a cabo.

Fernando, por otro lado, sin poder superar la muerte de su amada ni la de su propio padre, trataba de escapar de sí mismo viajando con frecuencia y delegando las responsabilidades en su madre que, sin el apoyo de la suya, se hundía en la impotencia. Y tía Juana, viéndola sufrir en silencio, no se atrevía siquiera a insinuarle su deseo de hablar con la anciana. Y tal vez nunca lo hubiera hecho de no darse la circunstancia que, pocos días después, doña Magdalena comentándole el estado crítico de ésta le propuso visitarla aquella misma tarde.

Acabada su tarea en la cocina, tía Juana, después de asearse, se dirigió a la alcoba de la *senyoravia* donde la mujer que la cuidaba la invitó a que entrase.

Sentada al fondo, como una sombra, la condesa al verla se le acercó, llorosa...

—*Ja ho veus Joana, mumareta s'en va i mos deixa!... Cada hora que passa empitjora, i es metje diu que qualsevol moment pot esser es darrer! Amb lo que en Fernando l'estima, Deu meu, si no arriba avui mateix o demà dematí, ja no la veurà mai més!*¹⁹¹

La seda de Damasco de la colcha y el dosel, color rubí, resaltaban la palidez del rostro de la anciana y tía Juana, impresionada, se inclinó para musitarle:

—*Senyoravia!*

Sin fuerzas ya para levantarla, la dama le acercó la mano.

Aquella mano blanca de dedos ágiles que tía Juana había admirado tanto sobre el teclado y que ahora, estremeciéndola con su contacto, parecía de cera y estaba fría como el mármol...

Una sirvienta atizó el fuego del brasero, junto al balcón, y los últimos rayos del sol reflejaron con destellos de oro el labrado de la tapa de latón.

Con los ojos entreabiertos, la *senyoravia* suspiró...

—*Estic esperant en Fernando, Joana!*¹⁹²

Intentando inutilmente darle calor, tía Juana, sin poder contener las lágrimas, cogió entre las suyas su mano lánguida y la besó, saliendo luego apresurada de la estancia.

Al día siguiente la mujer que la cuidaba le contó que la anciana, agonizando, había esperado la llegada del nieto para morir en sus brazos.

CAPÍTULO 30

Cuando siete años más tarde tía Juana llevó de nuevo a María a su prima Margarita, ésta, después de escuchar las desventuras que la pobre criatura había vivido desde que al nacer murió su madre, no hubiera acogido con más sentimiento a una nieta de su propia sangre.

Las monjas del Convento de *Dalt Vila* que, compasivas, le habían confeccionado el vestidito para bautizarla, se esmeraban ahora en educarla, mientras Margarita, a pesar de los años que ya le pesaban, trabajaba.

Pero al anoecer cuando regresaba a casa y encontraba a la pequeña con la cena preparada esperándola para contarle, entusiasmada, las cosas que aprendía en el Convento, la mujer, agotada, a mitad del relato se dormía. *Na Marieta*, como cariñosamente la llamaban las religiosas, no salía de su asombro ante las nuevas circunstancias de su vida y a las que tenía que acostumbrarse, aunque a veces echara de menos su existencia de antes, cuando el cielo era su techo, sus amigos los animales, y el aire olía sólo a tomillo y romero.

Las casas de *Dalt Vila*, apretujadas a ambos lados de sus estrechos callejones, la agobiaban, y andar por su empedrado suelo se le hacía más penoso que sobre la tierra esponjosa del bosque.

En plena naturaleza la luz del sol se filtraba entre los árboles creando contrastes de luz y sombras, pero en la población, reverberando en la cal de las paredes, resultaba cegadora.

Sin embargo la comida aquí era más rica, variada y abundante, y no tenía que esforzarse para conseguirla pues las mismas monjas la servían enseñándole a fruírla con buenos modales.

Facilitándole el acceso a un mundo infinito de posibilidades, éstas la instruían también en la escritura, la lectura y las bellas artes, para las cuales, según decían, mostraba cualidades excepcionales.

Aplicándose al estudio con dedicación, María trataba de corresponderles enriqueciendo con ello el rudimentario concepto que ella tenía del alma y de la existencia de Dios.

Lo único que escapaba a su capacidad de entendimiento era el hecho que aquellas santas mujeres pudiesen vivir enclaustradas, cuando ella se ahogaba entre los muros del Convento. Y a la hora del recreo les suplicaba que la dejaran salir aunque fuese sólo un momento.

Las religiosas, que valoraban su disciplina y esfuerzo, le permitían entonces llegar hasta la Catedral, donde hay un mirador desde el que se divisa una de las panorámicas más bellas del universo, a contemplar las barcas de pesca entrar o salir del puerto.

Aventurándose en ocasiones por *es Soto fosc* tunel excavado bajo el álcazar o castillo—fortaleza que, junto al templo, preside la cumbre de la ciudadela, llegaba al otro lado de ésta donde la visión azul del mediterráneo era más extensa y en el horizonte se dibujaba el perfil de Formentera.

Correteando por los alrededores, bajaba luego a explorar los rincones y caletas del cerro más cercano para ver los molinos blancos de la cima resaltar entre el ramaje oscuro de los olivos que resguardaban los hipogeos de una necrópolis fenicia.

Y al oír la llamada de la campanilla le costaba tanto dejar atrás aquellas vistas, que regresaba andando de espaldas, durante un trecho, para grabarlas en la retina y poder evocarlas

luego cuando estuviese de nuevo encerrada en el Convento.

CAPÍTULO 31

Afligido por la muerte de su abuela, Fernando de Bellmont intentaba distraer su pena disponiéndose a emprender un largo viaje a Inglaterra, invitado por su amigo Elliot Jefferson, de Surrey.

Había simpatizado con éste en la Sorbona, donde ambos estudiaban carreras tan dispares como el arte y la ciencia, pero sus caracteres se complementaban hasta el punto de hacerles inseparables.

Elliot equilibraba la tendencia fatalista de Fernando con su sentido del humor, y éste, con su innata sensatez, atemperaba la pasión del inglés por la jarana. Ambos coincidían sin embargo en el amor a sus respectivas tierras, de las que cada uno poseía una buena parte.

No obstante el azar, dando lugar a que su vida tomara un giro inesperado, se cruzó de nuevo en el camino de Fernando impidiéndole llevar a cabo sus planes.

Su primo Felipe de Bellmont i Puigdorfila, a quien tenía en gran estima, le reprochó pensar sólo en sí mismo cuando más le necesitaba su madre, y el joven Conde atendiendo a sus razones lo aplazó para más tarde.

En los funerales por su abuela, una joven, con la que le unía un parentesco lejano y a la que no veía desde niño, se acercó a presentarle sus condolencias impresionándole con su belleza y estilo.

Pilar de Alabern i Villalonga, descendiente de *Ca la Gran Cristiana*, aumentaba con creces la merecida fama que ostentaban desde antiguo las damas de ésta casa. Alta, rubia y muy esbelta, destacaba dondequiera que fuese o estuviera por sus facciones delicadas y perfectas, amén de un porte distinguido y una exquisita elegancia, y Fernando, a pesar de las circunstancias, no pudo evitar fijarse en ella.

Su primo Felipe, que tiempo atrás anduvo enamorado de la misma, le advirtió que la joven vivía atormentada por un amor imposible, lo que no sirvió más que de acicate para que el joven deseara conocerla.

Pilar sólo era una niña cuando conoció a Perico Isasi i Trullos, de Campos, donde ella veraneaba, y el que por su fama de conquistador y tarambana no fuese del agrado de su familia no fue óbice para que se sintiera atraída.

Tampoco lo fue el que se dijera de él que, después de arruinar a su padre y matar a disgustos a su madre, no perseguía otro objetivo que hacerse con la fortuna de alguna víctima para salvarse de la ruina, sino que, unido a su innata simpatía, fue ésto precisamente lo que a la joven le resultó fascinante.

Desplegando todas sus artes, a Perico no le resultó difícil conquistarla y, a pesar del disgusto de sus padres que en más de una ocasión la habían amenazado con encerrarla en un internado, la joven, sin que consejo ni advertencia alguna logran disuadirla, siguió viéndose con él a escondidas durante más de cinco años.

Haciendo honor a su fama, el joven la engañaba una y otra vez y ella le perdonaba otras tantas, convirtiendo en eterno aquel círculo de dolor que la degradaba.

Sin embargo las tornas habían cambiado desde que, en las exequias por su abuela, se

encontrara con Fernando.

Perico acababa de traicionarla con su mejor amiga y ésto no iba a perdonárselo.

Consciente de la impresión que había causado en su pariente, se juró a sí misma devolverle el golpe, cien veces aumentado, cruzándose con él del brazo del que era entonces el soltero más codiciado de la isla.

Ciega de celos y despecho, Pilar se dispuso a la conquista, sin saber que a veces en el amor el placer de ganar un reto puede resultar más amargo que perderlo.

CAPÍTULO 32

Ignorando que la venganza es un arma de dos filos que puede escaparse de las manos y volverse contra uno mismo, Pilar de Alabern i Villalonga se empleó a fondo en seducir a Fernando, y, aunque tuvo que valerse de la amistad con su primo, llevó a cabo su plan de forma tan efectiva que en apenas unos meses lucía en su dedo el anillo de prometida.

Sus padres creyendo un milagro el que, tras años de pesares y fatigas, al fin se hubiera prometido con un hombre de bien y rango, no sólo le allanaron el camino sino que acogieron a éste como a un hijo.

Los rumores que corrían sobre una historia de amor del mismo, y su triste desenlace, despertaron la curiosidad de Pilar que, para poder enterarse, le incitaba a las confidencias, desconcertando a Fernando que desde un principio se había mostrado reacio a tratar temas tan personales.

A pesar de ello ella insistía y el joven entonces, sin poder evitarlo, comparaba la innata discreción de Ana con la incómoda curiosidad de Pilar, dándose cuenta que lo único que ambas tenían en común era belleza puesto que en todo lo demás eran opuestas.

A diferencia de Ana, cuya respuesta apasionada había hecho su romance inolvidable, Pilar nunca se le entregó del todo y casi siempre le rehuía, pero aquel aire elegante de distante frialdad que la envolvía mantenía, como un reto, su interés constante.

Por ello, y durante los casi tres años que duró su relación, la joven consiguió que Fernando volviera a vivir y a sentirse vivo, contagiando a su madre con proyectos de futuro que antes no tenía, y ésta, que nunca había interferido en su camino, se permitía ahora recordarle incluso la conveniencia de formar una familia.

Marcando un hito en sus vidas, aquellas Navidades el joven decidió concertar la fecha de su boda reuniendo ambas familias, por lo que en el Casal empezaba a respirarse ilusión colectiva.

Sin embargo tía Juana, recién llegada de Ibiza donde había tenido que intervenir una vez más en la vida de María, no se sentía con ánimo de compartirla.

Pero en la mansion ella no era la única en sentirse intranquila. Felipe de Bellmunt i Puigdorfila, más nervioso que de costumbre, también daba muestras de tal desazón, que Fernando, sospechando que trataba de ocultarle algo, no dejó de interrogarle hasta que el joven, acorralado, acabó por revelar lo que, salvo para su primo, ya no era un secreto para nadie.

Su prometida le engañaba viéndose de nuevo con Perico, y él mismo en más de una ocasión les había sorprendido arrullándose de noche en el balcón.

Tratando de encajar el golpe, Fernando reaccionó con calma y, aunque en su interior libraba una batalla, nunca supo si al final le dolió más perder a la mujer que había vuelto a enamorarle o el que ésta le hiriese por la espalda.

Decidido a verificarlo por sí mismo, una noche borrascosa se arrebujo el capote y espoleó al caballo *Portella* abajo, dejando atrás el eco de su trote por la empedrada calle y en el patio recoleto del jardín de *Ca la Torre*.

Al llegar a "sa murada" la tempestad que estalló entonces asustó al noble bruto que, encabritándose, empezó a desafiar la destreza del jinete perneando con las patas delanteras en el aire, como queriendo alejar los rayos zigzagueantes que no cesaban de rodearlos.

Cuando pudo controlar de nuevo al animal, Fernando siguió galopando hasta llegar a la calle Miramar, donde reconoció la figura del jinete que, apostado frente al balcón de Pilar, se resguardaba de la lluvia bajo el alero del zaguán.

Después de comprobar que tras los cristales la que le hacía señales con el candil era su novia y no era otra, el joven, echándose atrás el capote, pasó entre ellos a galope tendido, dejando atrás un mar bravío estrellándose contra las rocas.

CAPÍTULO 33

Intentando olvidar el pasado, Fernando, acompañado de su amigo Elliot Jefferson de Surrey, viajó por medio mundo durante más de dos años con gran disgusto de su madre que, viéndole abandonar sus responsabilidades, tuvo que recurrir a un familiar cercano para que el patrimonio familiar no resultase malparado.

Don Jaume Formiguera i D'Aireflor, marqués de la Jordana, era primo hermano de doña Magdalena y, por el hecho de ser mayor que ella, se había sentido siempre inclinado a protegerla. No sólo se volcó a la muerte de su marido, evitando que se sintiera desvalida, sino que procuró suplir la falta del padre en la vida de su hijo cada vez que a éste el camino se le hacía cuesta arriba.

Sin embargo, y a pesar de poner en juego sus argumentos más convincentes, en esta ocasión el marqués no consiguió que Fernando entrara en razón puesto que éste, haciendo caso omiso de sus sermones, continuó llevando a cabo sus planes. No obstante un acontecimiento inesperado vendría a cambiar para siempre el rumbo de su vida.

En Abril de 1909 Fernando y su inseparable amigo, llamando la atención en especial del elenco femenino, regresaron a la isla vestidos al elegante estilo de la moda londinense para asistir a la boda de Felipe, su primo. Tras la ceremonia de la misma, y durante el banquete que tuvo lugar en la mansión de los recién casados, a Fernando le presentaron a una joven que, hablando el Inglés con su amigo, le dejó impactado. Emilia Casesnoves i Mancroft, hija de padre mallorquín y madre inglesa, había sido exquisitamente educada en lo mejor de ambas culturas, aunque su mentalidad, abierta y campechana, chocara a veces con la de la alta sociedad mallorquina, elitista y provinciana.

Sin ser mujer de gran belleza como Ana o Pilar, sus emulas anteriores, la joven cautivó a Fernando con su personalidad y encanto, hasta el punto que a los pocos meses de conocerla pidió su mano.

Tía Juana, testigo mudo del sufrimiento de doña Magdalena, viéndola ahora ilusionada con la esperanza de ser abuela, tuvo el presentimiento que aquella joven no iba sólo a complacerla sino a ayudarle también a ella a resolver su dilema.

CAPÍTULO 34

Deseando celebrar el que su hijo hubiera encontrado al fin la estabilidad emocional perdida, doña Magdalena, que llevaba años sin festejar su Santo, decidió aquel Verano dar una fiesta, por todo lo alto, y acoger con ella a su futura nuera en la familia.

Suspirando el momento de conocerla, tía Juana ponía a punto sus herramientas preparando al servicio y disponiendo las viandas en las cocinas de "Son Estaca".

Intuyendo que aquella iba a ser una fecha memorable, encargó que el hielo que se guardaba en *ses cases de sa neu*⁹³ llegase desde Escorca el día señalado, seleccionando ella misma las almendras para que su helado, al que acompañaba con un riquísimo *gateau i quartos embatumats*⁹⁴, resultara inolvidable.

Llegado el día y después de uno de los más ricos ágapes que había preparado en su vida, los comensales, ahitos y satisfechos, charlaban unos y dormitaban otros acariciados por la brisa.

Después de *s'escurada*⁹⁵ el servicio se había retirado a *fer s'horeta*⁹⁶ y *els llibrells*, o lebrillos, apoyados en la pared del fregadero de granito, dejaban escurrir el agua luciendo su bruñido.

La madera de las mesas húmeda aún olía a limpio, y el sopor y el silencio que reinaban en la casa sólo era interrumpido por el monótono zumbido de algunas moscas volando en círculo en el centro de la estancia.

—*L'embat*⁹⁷, dándole sombra y frescor, cimbrea las palmeras que rodeaban la mansión mientras fuera las cigarras, desafiando a la canícula en la sementera, chirriaban su estridente canción.

Sentada junto al portal de *sa clastra*, tía Juana, con la cabeza apoyada en las persianas entornadas, descansaba. En su mente sin embargo los pensamientos se agolpaban, y ante la inminente boda de Fernando recordaba entre lágrimas a su sobrina que había pagado con la vida haberle querido tanto... Y aún resultaba más amargo que el fruto inocente de su amor prohibido sufriese el castigo de ser ignorada, a causa de los prejuicios.

Interrumpiendo sus reflexiones, la Condesa, acompañada de Emilia, entró de pronto en la cocina y la mujer, al intentar levantarse de forma repentina, no pudo evitar tambalearse, pero la joven, solícita, acudió a sostenerla obligándola a sentarse.

—*Em sap molt de greu haver—vos molestat, Joana, però tenia tantes ganes de coneixer—vos, que he volgut entrar a donar—vos s'enhorabona. No es troba molt sovint una cuinera amb tan bona traça, i a mí m'agradaria aprenir—ne, si amb el temps volguesiu ensenyar—me'n!*⁹⁸

Conmovida por su llaneza, tía Juana bajando la cabeza se alisó la pañoleta musitando:

—*No mereixo tot el que em diu vostre mercé!...No he fet més que el que em tocava!*⁹⁹

El espontáneo coloquio que surgió entonces entre las tres mujeres se prolongó durante un buen rato, y al anochecer cuando el aparcerero fue a buscar a tía Juana para ayudarle a cargar las cestas y llevarla hasta su casa, ésta iba tan contenta que subió al carro sin darle apenas las gracias.

Tras conocer a la futura esposa de Fernando, la mujer se sentía tan feliz y esperanzada que empezó a canturrear por el camino, y, mientras *l'amo*, sorprendido, se volvía a escucharla, la brisa fresca, barriando la bruma caliginosa del verano, despertaba a la tierra de su letargo.

CAPÍTULO 35

Se acercaba el fin del verano y Margarita, la prima de tía Juana, empezó a sentir tanto dolor en un costado que, incapacitándola para el trabajo, la obligó a dejar que María abandonara temporalmente la escuela para hacerse cargo.

Ésta, al ver que su hijo le llevaba a un médico y luego a otro sin que la mujer mejorara, empezaba a preocuparse, pero como ahora ya sabía que cumplir con el deber es el peaje que hay que pagar por el don de la vida, ella, con sólo once años, cumplía con el suyo noche y día hasta agotarse. Nadie pudo evitar, sin embargo, que a una edad tan temprana tuviese que vivir el drama de la fragilidad humana ante un mal como el de Margarita que, cebándose en su organismo, acabó por convertirlo en esqueleto al que, en muy poco tiempo, pudo asear y vestir sin esfuerzo pues llegó a pesar menos que ella misma.

Con la ayuda de alguna que otra vecina, María no sólo fue capaz de soportar tan extremas circunstancias, sino que incluso aprendió, maravillada, la capacidad del ser humano para descubrir substancias que no tenían únicamente la virtud de aliviar el dolor de la enferma, cada vez que ésta gritaba desesperada, sino que, a juzgar por la expresión de su rostro cadavérico, al poco de inyectárselas parecía talmente que ya estuviese en el cielo.

Deseando contar su experiencia a tía Juana, la niña se ingenió para escribirle una larga carta, a la que la mujer no tardó en contestar alentándola a esperar que ella llegara.

Tratando de animarla, tía Juana le decía que su hijo acababa de comprarles

—Una planta baixa, amb corralet ¹⁰⁰—para que pudieran retirarse a vivir más tranquilos en *els Hostalets*¹⁰¹, donde acababan de mudarse.

Después de leerla una y otra vez, con mucho cuidado, María, como solía, hasta sabérsela de memoria no la dejó de lado.

CAPÍTULO 36

Habían pasado ya tres años y, aunque unido y compenetrado, el matrimonio de Fernando seguía sin descendencia, por lo que éste empezaba a ver, con impotencia, la esterilidad de Emilia como una sombra siniestra proyectarse sobre su vida al igual que había hecho en su pasado.

Tras análisis y pruebas de resultado negativo, finalmente habían decidido viajar a Londres para consultar con un afamado especialista.

Durante aquellos días tenía lugar en el Casal la preparación del convite que, al final de la vendimia, doña Magdalena solía celebrar para agasajar a su primo *Don Jaume Formiguera*, cuyos conocimientos y valiosa experiencia en la elaboración del vino, le hacían imprescindible cuando la cosecha, como la de aquel año, había sido espléndida.

Aunque acostumbrado a los placeres de la buena mesa, el anciano marqués se mostraba siempre ávido de comer a manteles en casa de su prima, afirmando que en el arte de preparar exquisiteces ella y tía Juana no tenían parangón en la isla ni dondequiera que fuese.

Tratando de superarse regalando el paladar de su primo, la dama estaba lejos de imaginar que en aquella ocasión iba también a festejar un acontecimiento inesperado.

Cuando aquella mañana tía Juana llegó temprano, se encontró con doña Magdalena sentada en la mesa de la cocina, cabizbaja y dando vueltas a la taza que tenía entre las manos. La mujer, extrañada, pensó que muy serio tenía que ser para que la dama, sin poderse contener, levantara la cabeza y la mirase con los ojos llenos de lágrimas. Y ella, que hubiera dado la vida por evitarlo, cerrando la puerta se sentó a su lado.

No supo el tiempo que aguardó en silencio a que doña Magdalena le hablara, pero al final ésta, con cariz abatido, le contó que la noche anterior había visto su sueño de ser abuela caer al suelo hecho añicos, al confirmarle su hijo la infecundidad irreversible de Emilia.

Ante la ironía del destino, las emociones encontradas se acumularon en la mente de tía Juana culminando en paroxismo, y, plantándose en medio de la estancia, levantó los brazos al cielo al tiempo que exclamaba entre lágrimas:

—*Deu del cel ajudau—me, que ja no hi som bona per callar—me més!*¹⁰²

La condesa, desconcertada, trató de tranquilizarla, pero ella, rehaciéndose, le rogó que se sentara:

—*Ai, senyora, que Déu em valga! Si és que, per sort o per desgràcia, vostra mercé ja fa once anys que es "güela", encara que no ho sàpiga!*¹⁰³

CAPÍTULO 37

Hasta los sólidos cimientos del Casal temblaron con la insólita confesión de tía Juana. Aquel secreto, guardado durante tanto tiempo, poniendo ahora al descubierto la existencia de María causó tal desconcierto en la familia, que para llegar a asimilarlo necesitaron varios días.

Conmovida por la historia de amor entre Ana y su hijo, la que reaccionó primero fue doña Magdalena, y sin importarle el tiempo ni la manera que el cielo había dispuesto para concederle una nieta, a partir de aquel momento no albergó otro pensamiento que no fuese ir a buscarla, dondequiera que estuviese, y llevarla con ella.

A Fernando, sin embargo, no le resultó tan fácil.

Despertándole recuerdos ya dormidos, aquella revelación fue el choque más brutal que jamás había recibido.

Totalmente anonadado, una y otra vez interrogaba a tía Juana, preguntándose qué motivos podían haberla impulsado a llevarse de su lado a la mujer amada condenándola a morir de dolor y vergüenza en tierras lejanas...

¿Qué podía haberla llevado a hacer algo tan increíble como ocultarle la existencia de una hija manteniéndola escondida durante once años?...

Mientras la escuchaba contarle lo que la niña había sufrido, Fernando la miraba y volvía a mirarla sin reconocerla, porque ahora para él aquella mujer sólo representaba el mundo de ignorancia y obscurantismo que le había devastado el alma...

El afecto y la confianza fueron reemplazados en su interior por el rechazo y la ira hasta la ofuscación, llegando incluso a plantearse apartarla de sus vidas poniéndola en manos de la justicia...

Y en medio de aquel caos de reacciones emotivas, Emilia fue la única que supo controlarse, y, a pesar de la punzada de celos por la amante muerta que dejaba a su marido lo que ella no había podido darle, mantuvo la calma, ofreciéndose, incluso, a adoptar a la niña y a otorgarle su nombre como si de su hija se tratase.

Agradecido por su gesto, Fernando, a quién incomodaba el simple hecho de nombrarla, no sólo permitió que Emilia le hablara de tía Juana sino que incluso se avino a escuchar las razones que ésta aducía en su defensa alegando que en conciencia no debía ser juzgada.

A la joven le parecía injusto poner su integridad moral en tela de juicio cuando la pobre mujer, víctima de las circunstancias, había tenido que llevar a solas y en silencio su conflicto, afirmando, por el contrario, que resultaba encomiable la entereza con que ésta había llevado su prolongado calvario.

Doña Magdalena, por otro lado, anhelando conocer a su nieta cuanto antes, trataba de convencerla para que la dejase embarcar con ella, pero ésta, creyendo poco oportuno sorprender a la niña de forma tan traumática, suplicó que la dejaran ir antes a prepararla, lo que aprovecharía para acompañar a su prima en sus horas finales.

Considerándolo más sensato, Emilia tuvo también que mediar esta vez entre ambas consiguiendo que la dama lo aceptara.

Sólo entonces comprendió tía Juana el motivo de haberse alegrado tanto el día que conoció a la joven, y, al final de la entrevista que mantuvieron en privado, llorando de gratitud le besó la

mano.

CAPÍTULO 38

Sentada junto a la puerta entreabierta de la casa de su prima, tía Juana trataba de serenarse tras la vorágine de acontecimientos que en los últimos días habían trastornado su vida.

Rebotando en las piedras de la calle, la lluvia tamborileaba sobre *els cossiolets*¹⁰⁴ de geranios que adornaban el portal de Margarita, cuya afición por esa planta la había llevado a reunir una colección tan variopinta que era la envidia de todas sus vecinas de *Dalt Vila*.

Al ver el agua reavivar las flores que su prima había mimado tanto, la mujer, pensando en las que ella había depositado sobre la tumba donde, aquella misma mañana la habían enterrado, no podía contener las lágrimas. Al mediodía, y mientras María daba buena cuenta del succulento guisat de peix¹⁰⁵ que una vecina solidaria les había preparado, tía Juana, con mucho tacto, fue explicándole los motivos de su viaje, comprobando sorprendida, que parecía no haberse inmutado.

Sin embargo, y a pesar de lo complicado que tuvo que resultarle asimilar el cambio radical que iba a tener lugar en su vida, cuando al final le dijo que al día siguiente tenían que embarcar para ir a reunirse con su padre, la niña empezó a saltar y bailar, ligera como el aire, exclamando con alegría:

—*Que bé, tieta, que a la fi demá, per primera volta, aniré en barco!*¹⁰⁶

Después que hubieron comido, María, subiéndose al cajoncito que Margarita le tenía siempre a mano, lavó los platos con tanta pericia que ni ella misma hubiese podido mejorarlo.

Luego, y mientras tía Juana trataba de tranquilizarse recostada junto al portal, la pequeña le pidió permiso para ir a despedirse de su tierra, según le dijo, desde *es mirador de sa Catedral*.

Desde el muro de la miranda, María, acurrucada bajo el paraguas de Margarita, contemplaba las colinas donde quedaba su infancia, pensando que lo que tía Juana acababa de contarle no era más que un sueño del que ella, que hasta entonces no había conocido más que el miedo y la desgracia, más tarde o más temprano acabaría despertando.

Aún así no podía evitar que sus palabras despertaran su imaginación, llenándola de ilusión y esperanza...

—*¡Ningú mai haurà set més estimat que tu, Marieta, i rés hi ha de haver en aquest món que puguis desitjar o voler que des d'ara no ho tenguis, estimada!*¹⁰⁷

A pesar de su agotamiento, tras cuidar de Margarita durante tanto tiempo, la niña apenas pudo dormir aquella noche imaginando como sería por dentro aquel barco que sólo había visto pasar de lejos frente a las costas de Sta. Eulalia, entrando o saliendo del puerto.

Y al llegar la madrugada, vencida ya por el sueño, empezó a verlo aparecer por el horizonte, blanquito y lejano como una paloma, para llevársela a una tierra que no conocía, mientras la mecía surcando las olas...

CAPÍTULO 39

Amaneció el día en una atmósfera nítida, y creció luego bajo un sol radiante. Ablandada por las lluvias otoñales la tierra abría sus entrañas al paso del arado llenando de efluvios el aire.

Aquel año *els esbarts de torts*¹⁰⁸ entraban abundantes por *els colls de Soller i Valldemossa*¹⁰⁹, y los cazadores, aguardando con sus *filats i escopetes*¹¹⁰, no daban abasto atrapándoles.

Acompañados por *l'amo de Son Estaca*, Fernando y su primo llevaban varios días y sus noches recorriendo *sa Tramuntana*, inmersos en aquella actividad cinegética tan ancestralmente arraigada en Mallorca. Entregándose a la cacería, el joven conde intentaba calmar los nervios mientras esperaba la llegada de su hija.

La alternancia de días de lluvia con los de sol había hecho crecer *els esclatasangs primerencs*¹¹¹ con tal profusión, que a media mañana los del séquito ya llevaban los cestos a rebosar y *enfilolls penjant per tot*¹¹².

El sol estaba alto cuando volvieron a la mansión y doña Magdalena, tratando también de controlar su impaciencia, entraba y salía de la cocina, acompañada de Emilia, asegurándose que *ses greixoneres de tords amb col*¹¹³ alcanzaran su punto de perfección.

Aquella mañana temprano, tras varios días instruyéndole, la dama había enviado a su cochero al muelle de Palma a recibir a su nieta con el carruaje de punta en blanco.

Tras años de lealtad y servicio a la Casa, el hombre finalmente se sentía recompensado por haber depositado en él la confianza de tan honroso encargo.

Don Jaume Formiguera i D'Aireflor, conmovido por la historia de amor de su pupilo, había llegado ya para no perderse el momento más esperado por la familia, y menos todavía lo felices que se las prometía con el banquete que su prima sublimizaría hasta la excelencia para celebrarlo.

Y no pudiendo ir de caza como antaño, el anciano aristócrata se conformaba contemplando los trofeos de los recién llegados y eligiendo, en *es celler*¹¹⁴, los vinos que mejor armonizaban con las viandas.

Después de dormir toda la noche, arrullada por el balanceo del barco, María, fascinada, contemplaba la imponente Catedral de Mallorca y el regio castillo de Bellver, dorados por el tibio sol de la mañana, mientras los molinos *des Jonquet* y la Lonja del pescado se reflejaban en el agua a medida que iban entrando en la bahía de Palma.

La tripulación faenaba ya las maniobras de atraque, cuando llamó su atención el gentío que se agolpaba sobre el paseo de *La Riba* aguardando a que el vapor amarrara.

Tirando de su mano, tía Juana tuvo que esforzarse para conseguir que se fijara en el hombre de uniforme que, a pie de pasarela, las esperaba junto a un lujoso carruaje.

La pequeña, que nunca había visto un vehículo tan elegante ni a un caballo negro de fina estampa tan ricamente enjaezado, al pie del estribo se quedó admirándolo, pasmada.

Tras presentarla al cochero, tía Juana le ayudó a subir acomodándose a su lado.

Deslumbrada por la seda azul del acolchado, la niña no dejó de observarlo hasta que los

cascos del animal, resonando sobre el dique empedrado, hicieron que reaccionara.

—*Emperò bé, Marieta, no et quedis embabiocada que aixó que vets no és rés encara!...Haurás d'anar acostumant—t'hi, filla!*¹¹⁵

Pero ésta no la escuchaba. Mirando por la ventanita trasera, veía el barco quedarse atrás haciéndose pequeñito a medida que se alejaban y pedía a Dios, con todas sus fuerzas, que lo mismo ocurrirá con su pasado de soledad y miseria.

CAPÍTULO 40

Cuando el carruaje enfiló el camino que conducía a *Son Estaca* lo primero que divisó María fue la mansión.

Iluminada por el sol, se erguía al fondo rodeada de palmeras, y ella, que sólo había visto palacios en los cuentos de hadas, al oír a tía Juana decirle que aquél era su casa y que la dama que, impaciente, se adelantaba a los demás esperándola frente a la entrada era su abuela, creyó estar viviendo una fábula...

Aún no había detenido el cochero al caballo cuando doña Magdalena ya atisbaba en el interior del carruaje intentando ver a su nieta, y al comprobar el parecido que ésta guardaba con ella su emoción fue tan intensa que tuvo que apoyarse en el brazo de su primo antes de poder abrir la portezuela.

María, para quién la sensación de pertenencia resultaba nueva, la observó, perpleja, mientras la dama la sacaba en brazos, ávida por sentirla cerca.

Don Jaume Formiguera, viendo prolongarse tan efusivo encuentro, creyó oportuno intervenir dirigiéndose a la pequeña:

—*Benvenguda a ca teva, Marieta! No saps amb quines ganes t'esperavem!*¹¹⁶

Luego, y sin poder controlarse, le comentó a su prima en vos baja:

—*Que és de ver que Deu paral pes just, Magdalena! Aquesta menuda, encara que un poc esquifida, te tota sa teva cara!*¹¹⁷

Y mientras todos la contemplaban, la condesa, advirtiendo que la niña buscaba a su padre con la mirada, le indicó la puerta abierta del salón invitándola con un gesto a que entrara.

María le vio de espaldas, alto y erguido frente a un cuadro, y dio unos pasitos hacia él pero no se atrevió a acercarse, y, encogida, a mitad de camino se quedó observándole.

Fernando, al oírla entrar, se volvió de inmediato, y hasta el aire se paró cuando los ojos del padre y de la hija se encontraron...

Allí estaba otra vez, en pequeñito, la viva imagen de la mujer amada mirándole asustada en medio del recinto, y le pareció tan menudita, indefensa y vulnerable que, sin poder controlarse, se precipitó a cogerla en brazos apretándola contra su pecho como si temiera volverla a perder...

—*Filla, fillona meva!*¹¹⁸

Aguantando la respiración, los demás contemplaban la escena desde el portal hasta que Emilia, abriéndose paso, se acercó a Fernando tomando a la niña de la mano:

—*Mira, Marieta* —le dijo señalándole el retrato de Ana—, *aquesta era ta mare, n'Aineta, pintada per tompare, i aquella la senyora avia, que tant l'estimava*¹¹⁹.

Y mientras María se fijaba en la imagen de su madre, don Jaume Formiguera, convencido que las almas eran inmortales, creyó ver por un instante los ojos de Ana brillando con luz nueva y pensó que no existía mayor acícate para que éstas volvieran que el ver lo que ha sido de sus hijos las madres que, muriendo jóvenes, tuvieron que dejarles...

La voz de doña Magdalena, anunciándoles que la mesa estaba puesta, les devolvió a la realidad perdida, y Fernando, sin poder apartar los ojos de su hija, buscó el confortante contacto de Emilia apretándole la mano.

La pequeña entonces, advirtiendo que tía Juana se alejaba llorando, suplicó a su padre:

—*Sa tía Joana s'en va sola plorant per allinetes, mesquina. No em deixarieu anar a buscarle, pare?*¹²⁰

Recordándoles otra voz del pasado, el acento ibicenco, dulce y cantarín de María, los dejó a todos sin habla, mientras su padre, embobado, pensaba que a partir de aquel momento haría lo que fuese e iría dondequiera con tal que fuera con aquella manita entre sus manos...

—*Si tu ho vols així, fillona meva, que així sía, idó!*¹²¹

Ante tal muestra de sumisión, el anciano marqués de la Jordana llegó a la conclusión que el amor era lo único capaz de medir la grandeza del ser humano.

AGRADECIMIENTOS

A dos grandes de la informática, Juanito Clapés y su hijo Marcos, de la Casa Olivetti, sin cuya inestimable ayuda esta obra posiblemente no hubiese salido a la luz.

A Sor Josefa Ramón Costa, superiora de las monjas Agustinas Canoneras del Convento de Dalt Vila, por su valiosa información.

Y finalmente a la memoria de Don Fernando de España y Dezcallar, hijo del Conde de España y nieto del marqués de Ca la Torre, y a su esposa Doña Magdalena que, con su generoso mecenazgo, hicieron posible mis estudios y el disfrute de los mejores años de mi vida.

REFERENCIAS

[←1]

¡No grites Ana, por Dios, que pueden oírte... ¡Empuja, hija, en vez de chillar!

[←2]

¡Valgame Dios, que ya asoma la cabecita! ¡Empuja, Ana, y tan fuerte como puedas!

[←3]

¡Ay, Margarita, qué angustia he pasado al ver que tardabais tanto! ¡Y suerte que hemos llegado, Juana, que con esta tormenta, no veas lo que nos ha costado!

[←4]

¡Pero si esta criatura está casi fuera!... ¡Venga muchacha, un último esfuerzo que ya es nuestra!

[←5]

¡Y, además, sana y bonita!

[←6]

¡No, pequeñina mía, no!...¡No sufras, hijita!

[←7]

Ésto no me gusta nada Margarita, creo que habrá que ir a por el médico.

[←8]

Lo siento de veras, Juana, pero tu sobrina tiene fiebre puerperal y, que yo sepa, para ésto no hay remedio.

[←9]

Has hecho más de lo que podías, mujer, ahora tienes que aceptar la voluntad de Dios y tratar de ser fuerte. Yo mismo puedo pasarme por la Inclusa y avisar a la nodriza y al cura, si quieres.

[←10]

Un colmado.

[←11]

Era costumbre dejar como único heredero al hijo primogénito, restándole únicamente una cuarta parte llamada, *llegítima*, para dividirla entre el resto de hermanos, es costumbre catalana no existente en Mallorca.

[←12]

La señora.

[←13]

La señora abuela.

[←14]

Típicas sillas bajas de cuerdas.

[←15]

Éste es mi nieto, Anneta!...¡Mi nieto Fernando!

[←16]

¿De modo que tú eres el ángel que cuida tan bien de mi abuela?

[←17]

¡Señorito!

[←18]

Toponímia con la que se singularizan los predios o cortijos en Mallorca.

[←19]

Patio situado en la parte anterior o central de una casa mallorquina.

[←20]

Pórtico o soportal.

[←21]

Tipo de palmera.

[←22]

Atrio o patio emparrado delante del portal principal de la casa, muy típico del mediterráneo, con uno o dos *pedrissos* o poyos, a ambos lados del umbral, para sentarse.

[←23]

¡Ay Aineta que el perfume de las adelfas resulta embriagador, pero sus flores son muy venenosas, hija, y hay que evitar tocarlas!

[←24]

La vivienda del aparcero.

[←25]

Quarterada. En castellano aranzadas, medida agraria de Castilla equivalente a 447 deciáreas o decáreas.

[←26]

Encañizados para secar frutos al sol.

[←27]

El señor.

[←28]

Botijo.

[←29]

Licores típicos de la isla con alto contenido alcohólico.

[←30]

Recolectoras temporeras.

[←31]

Trotando por una de las posesiones del norte.

[←32]

Tomar el fresco.

[←33]

Poyos y sillas de anea.

[←34]

Bailes típicos de Mallorca.

[←35]

Antiguo autocar.

[←36]

¡Buenas noches Anneta! ¡Sube, que te llevamos a casa!

[←37]

¡Buenas noches tengan vuestras mercedes y muchas gracias, pero no quisiera que
tuvieran que ir incómodos por mi causa!

[←38]

¡Venga mujer, que, por lo que queda, no ha de ser molestia!

[←39]

¿Te has fijado en lo guapa que es la muchacha, Fernando?

[←40]

Primeras horas de la noche tomando el fresco.

[←41]

¡Buenas noches tía, Dios os guarde!

[←42]

Colada.

[←43]

Cómodas y arcones.

[←44]

Lejía y jabón que se elaboraban con la ceniza de las cáscaras de almendra.

[←45]

¡Te quiero Ana!...¡Te quiero!

[←46]

Las matanzas.

[←47]

Relleno de carne de cerdo cruda, triturada y amasada con pimentón rojo, pimienta y sal, embutida en un trozo de intestino grueso.

[←48]

La despensa.

[←49]

Tinajas de manteca blanca tan fina como la misma mantequilla, y que sirve de base para elaborar la famosa ensaimada mallorquina, huesos, lomos y costillas con sal, y los tradicionales embutidos de la isla colgando del techo en apretadas filas.

[←50]

Arroz que solo se hacía el día de matances, los ingredientes principales eran la carne de las matanzas. El arroz tenía que quedar semicaldo.

[←51]

Las asaduras del cerdo fritas con lomo, setas, pimientos y patatas

[←52]

Variedad exquisita de turrón de la isla.

[←53]

Turrón duro, turrón de Jijona y mazapán.

[←54]

Poner el Nacimiento.

[←55]

¡No Aineta no, no te lo quites que es mi nieto el que llega. ¡Es Fernando!

[←56]

Canto en que una figura de mujer pagana, *la sibil·la* profetiza el fin del mundo y el nacimiento del Mesías. Se realiza en la catedral de Palma y en casi todas las iglesias de Mallorca. Es uno de los más preciados monumentos a nuestro folclore religioso y declarada patrimonio cultural inmaterial de la UNESCO.

[←57]

¡No se ponga usted así, señora, que ya pasó lo peor!

[←58]

La angina de pecho ha sido leve y, reposando y cuidándose, aún puede vivir muchos años.

[←59]

¡Ay Aineta, reina mía, que esta vez el señor por poco se nos va! ¡Tú, que eres un ángel, pídele a Dios que lo salve!

[←60]

¡Muy enamorado tienes que estar de ella para que te haya quedado tan divina,
Fernando!

[←61]

¡Nunca había estado tan enamorado de una mujer, abuela, pero no vaya usted a contarle una palabra de ésto a nadie, por el amor de Dios!

[←62]

¿Y a quién iba yo a decírselo, hijo, si hartó me cuesta a mí poder asimilarlo?

[←63]

¿No se encuentra bien vuestra merced?...¿Ha llorado cuando yo no estaba?

[←64]

Y tú, reina...¿Has podido encontrar alguno de los que tanto te gustan?...Porque me temo que tendrás que esperar a que maduren, Aineta, por lo menos hasta finales de mes!

[←65]

¡Ay, *señoraavia!* ¡Ahora mismo daría media vida para poder comerme uno de aquellos de la era!

[←66]

Hoy no hace falta que me ayudes Aineta porque llevo el cesto casi vacío! Y con la agotada que estoy ha sido una suerte que la señora no estuviese pues, con su generosidad habitual, me habría obligado a ir cargada!

[←67]

¡Pero hija, por Dios! ¿No crees que ya va siendo hora que me digas lo que te ocurre? ¿No te das cuenta que en este mundo sólo me tienes a mí y que estoy aquí para ayudarte? ¿No ves que todo, salvo la muerte, tiene arreglo?

[←68]

¡Tía...Bien quisiera yo contarle! ¡Pero es que no sé ni por donde empezar!

[←69]

Tocón de un árbol.

[←70]

Vuestra merced y yo sabemos que ésta es la mejor y la única solución que nos queda.

[←71]

Anda, mi rey, no te pongas así que todo se arreglará.

[←72]

¡Ya no puedo aguantar más, abuelita! ¡Tengo que contárselo a mi madre y correr yo mismo a buscarla!...

[←73]

¡Venga hombre, no te pongas así que todo se arreglará!... Ahora no es el momento más adecuado para correr detrás de ella. ¡No puedes dejar de lado tus responsabilidades y, con lo delicado que está tu padre, darle un disgusto tan grande, Fernando! ¡Tendrás que esperar a que vuelva!

[←74]

Prenda de amor

[←75]

Hatillo de ropa de la niña.

[←76]

Romero y tomillo.

[←77]

Los animales.

[←78]

Puñado de higos secos.

[←79]

Anohecer.

[←80]

Abrevar al burrito y llevarlo al establo.

[←81]

Forraje en el pesebre del jumento.

[←82]

Bastardo, hijo o hija no nacido de matrimonio.

[←83]

¡No vuelvas a llamarme así, niña, que yo no soy tu madre! En cualquier caso puedes llamarme, madrina.

[←84]

¿Porqué yo no tengo madre como los demás, madrina?

[←85]

Éso no lo sé yo. Dicen que la tuya murió cuando tú naciste. ¡Vete a saber!

[←86]

Cesto de de caracoles y resina.

[←87]

¡Ya era hora que nos viéramos las caras de cerca bastarda de la puñeta! Ven acá que ésta vez no te me escapás!

[←88]

¡Dios de cielo y tierra, pobre cría! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué es lo que te han hecho, chiquilla?

[←89]

Que además de ser hijo de buena casa, es también muy buen cristiano.

[←90]

¡Salga usted, madrina, que ha vuelto María!

[←91]

¡Ya lo ves, Juana!...¡Mi madre nos deja, y si Fernando no llega hoy mismo, o mañana temprano, ya no la verá más!

[←92]

¡Estoy esperando a Fernando, Juana!

[←93]

Depósitos donde se guardaba la nieve acumulada durante el invierno en los montes de la sierra norte de la isla, “Escorca, es Puig Major, etc.”

[←94]

El "Gateau", aunque de origen francés, se convirtió, desde antiguo, en uno de los clásicos pasteles para celebraciones en Mallorca.

[←95]

Fregar los platos.

[←96]

Hacer la siesta.

[←97]

Brisa marina.

[←98]

¡Lamento haberos incomodado, Juana, pero deseaba tanto conoceros, que he querido entrar a felicitaros personalmente! ¡No es frecuente encontrar a una cocinera con tanto talento, y me gustaría que, con el tiempo, quisierais enseñarme!

[←99]

¡No merezco el elogio que vuestra merced me hace! ¡No hice más que cumplir con mi obligación!

[\[←100\]](#)

Planta baja con jardín.

[\[←101\]](#)

Barrio del ensanche de Palma.

[←102]

¡Ayúdame Señor, que ya no me quedan fuerzas para callármelo por más tiempo!

[←103]

¡Valganme Dios y la Santa Virgen, señora, si es que, por suerte o por desgracia, hace ya once años que, aunque vuestra merced no lo sepa, su hijo la hizo abuela!

[←104]

Macetas, tiestos.

[←105]

Exquisito plato, obra maestra, de los pescadores ibicencos.

[←106]

¡Qué alegría teta, que por fin mañana iré en barco!

[←107]

¡Ningún hijo habrá sido nunca más querido ni deseado que tú, María, y nada ha de haber en este mundo que tú puedas querer o desear que, a partir de ahora, no tengas, cielo!

[←108]

Bandadas de tordos.

[←109]

Barrancos y desfiladeros en los montes del Norte de la isla.

[\[←110\]](#)

Redes y escopetas.

[←111]

Setas primerizas.

[←112]

Ristras colgando por todas partes.

[←113]

Plato mallorquín de tordos rellenos y envueltos en hojas de col, guisados a fuego lento en cazuela de barro.

[←114]

Bodega.

[←115]

No te quedes embobada, hija, que ésto que ves aún no es nada comparado con lo que vas a ver y a tener que acostumbrarte!

[←116]

¡Bienvenida a tu casa, María! ¡Hace mucho tiempo que te esperábamos!

[←117]

¡Certo es que Dios habla por boca del justo, Magdalena, nadie podrá negar nunca que esta niña, a pesar de estar algo canija, tiene tu misma cara.

[←118]

¡Hija, hijita mía!

[←119]

¡Mira Marieta, éste es el retrato de tu madre, pintado por tu padre, y aquél el de tu bisabuela que tanto la quería!

[←120]

Tía Juana se va por allí sola y llorando, pobrecilla. ¿No me dejaría usted ir a buscarla, padre?

[←121]

¡Si esto es lo que tú quieres, hija, pues que así sea!

Table of Contents

[Las adelfas del recuerdo](#)

[PRÓLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)